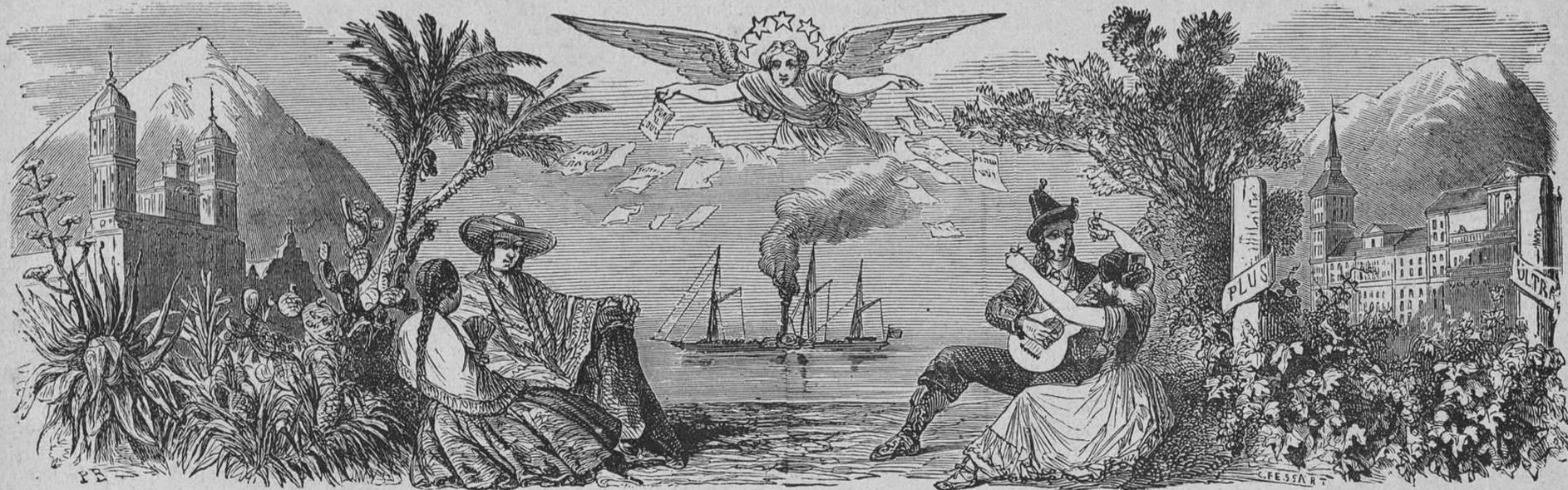


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 779.

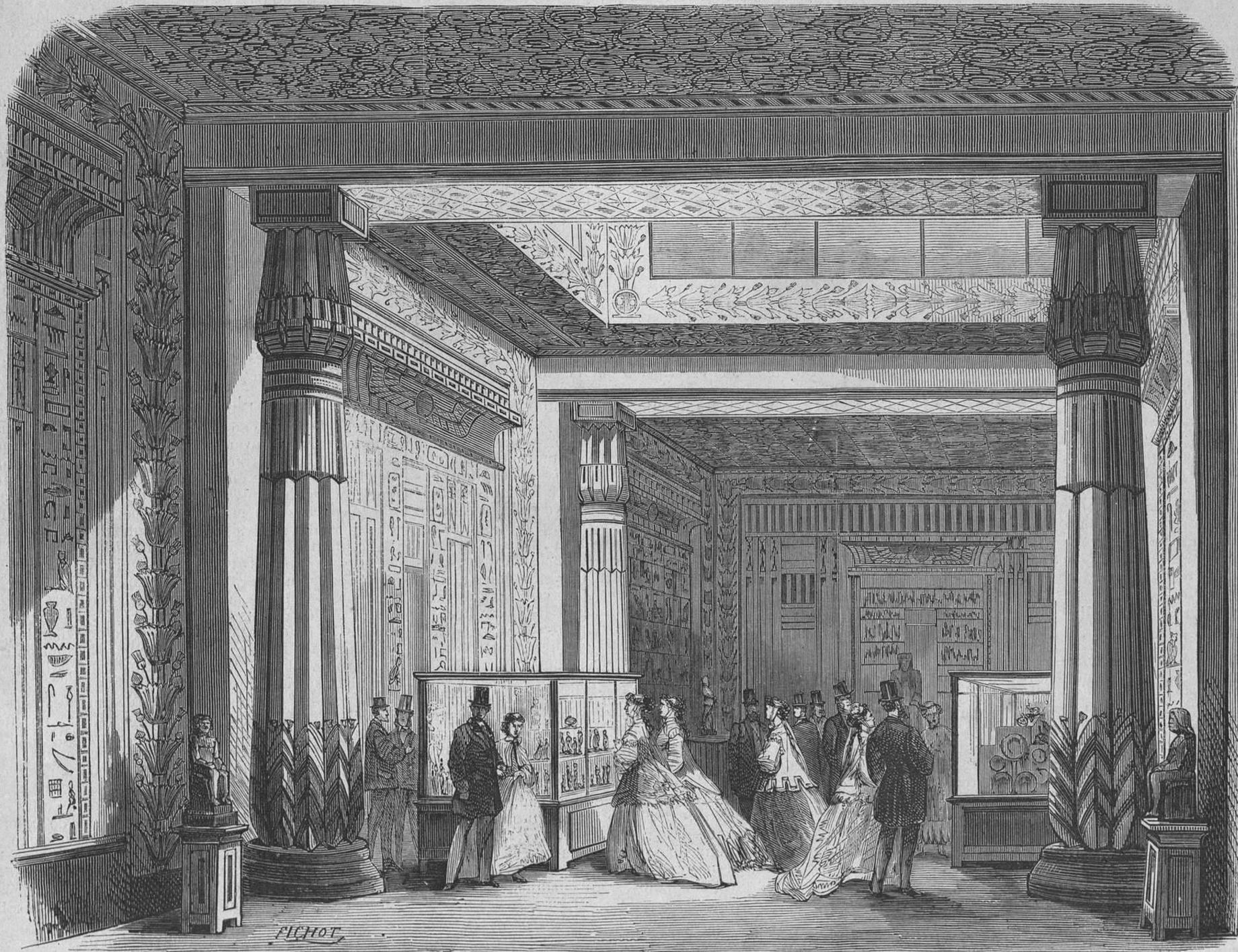
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

El templo egipcio en la Exposicion universal; grabado. —  
Varia. — Real Academia de Nobles Artes. — Sucesos de

Italia; grabados. — Revista de Paris. — La liga reformista  
de Inglaterra; grabados. — Las fortificaciones del terrado re-  
servado en el jardin de Tullerías; grabado. — Las fiestas de  
las «Accabailles» en la Torre Blanca; grabado. — La Cari-

dad. — Revista de la moda. — Bellas Artes; grabados. — El  
sastre de Paris; grabados. — Debe y haber. — M. Ernesto  
Pinard; grabado. — Teatro Imperial de la Opera Cómica;  
grabado.



Interior del templo egipcio en la Exposicion universal.

## El templo egipcio

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Aunque al describir las grandezas de la parte oriental de la Exposición hablamos del templo egipcio, hoy que publicamos la vista interior de tan notabilísimo monumento, parecemos oportuno añadir algunos pormenores más á lo que ya tenemos dicho.

Una avenida de esfinges precedida de un pilono, conduce al templo, á cuya entrada se hallan, según costumbre, dos estatuas sentadas. El pilono, arco de triunfo de ocho metros de altura, tiene por todo ornato el disco del sol entre dos víboras, emblemas del Sur y del Norte.

El templo comprende una sala central llamada Secos y una galería exterior sostenida por hermosas columnas macizas del estilo que se usó en las épocas de los Tolomeos. Las pinturas que hay en el interior son sumamente curiosas; todas ellas pertenecen á la más alta antigüedad, puesto que se remontan á la cuarta dinastía. Estas pinturas representan escenas de la vida rural, como la vendimia, la labranza, la cosecha, la pesca, la caza, etc. En aquel período, que es el más remoto de su historia, los egipcios tenían ya por animales domésticos el buey, el asno, el perro, la cabra y varias especies de antílopes. La hiena, que les era utilísima para limpiar el suelo de los peces muertos y de los animalillos ahogados después que se retiraban las aguas del Nilo, vivía también al estado doméstico en sus habitaciones. El caballo no le tuvieron sino en tiempos posteriores en el siglo XVII antes de nuestra era, época en que le trajeron de Asia á consecuencia de las conquistas de Thoutmes III.

Los escaparates que están en medio de esta sala contienen estatuillas y diversos monumentos de pequeño modelo, así como varias joyas curiosísimas que recogieron sobre la momia de la reina Aah-Hotep.

Este templo egipcio que figura en sus reducidas proporciones los que hubo en el antiguo Egipto, ha sido muy visitado durante la Exposición, porque era en realidad una de las principales curiosidades del Campo de Marte.

R. V.

## Varia.

Aun cuando voy á empezar hoy refiriéndome á ferrocarriles, no presuma Vd., señor director, que vaya á ocuparme de los resultados de nuestras vías, porque si bien estos no son en la actualidad satisfactorios, es cosa de todos conocida.

Confíando pues, en que llegará un día de alivio para los accionistas de nuestros ferrocarriles, voy á cumplir el objeto que me he propuesto.

Que el ferrocarril de Panamá que une el Atlántico al Pacífico es, entre los existentes, el que ha costado más, kilómetro por kilómetro, y el que da mayores beneficios á los accionistas, es cosa que dejé demostrada en mi «Historia de los ferrocarriles;» que el de California que ha de atravesar toda la América del Norte para unir también dichos mares, y cuya construcción se está activando, promete muy buenos resultados, es opinión fundada en consideraciones de gran peso; y que es de suma importancia el establecimiento de una línea intercontinental que una el Oriente al Occidente, es decir, el Asia á la Europa, lo dan á conocer los proyectos de algunas naciones como el Austria, la Rusia y la Inglaterra, y el empeño en terminar el canal del istmo de Suez.

Que á la Rusia y á la Francia les hace cosquillas el imperio inglés de la India, lo dan á entender los esfuerzos que aquellas dos potencias hacen para irse, como se van, apoderando de los territorios colindantes con este último; la Rusia ganando terreno hasta haber extendido ya sus fronteras al Sur del lago Balkart, entre el Turkestan y la China, y hallándose así en la India con solo atravesar el Turkestan; y la Francia tragándose, provincia tras provincia, la Cochinchina, al paso que á favor de la construcción del canal de Suez, va aumentando su influencia nacional y su preponderancia en el Egipto.

Y como si esto no fuese bastante para poner en guardia á la Inglaterra, se presenta ahora, según se dice, el Austria tomando en seria consideración el establecimiento de un ferrocarril que partiendo de Belgrado, atravesando el Balkan y pasando por Constantinopla, recorra, una vez atravesado el Bósforo, la costa meridional del mar Negro y vaya á unirse con el sistema de navegación interior y de vías férreas que la Rusia ha establecido y va adelantando entre el mar Negro, el Cáspio, el lago Baikal y el Pacífico en el Amor.

Por otra parte, la facilidad con que la Rusia ha cedido á los Estados Unidos el vasto territorio que poseía en la América del Norte, hace sospechar la cordial amistad ó unidad de miras que á pesar de la diferencia de sus instituciones, se ha establecido entre el autócrata y la república, amistad que en caso de una complicación de guerra, facilitaría cualquiera golpe de mano que ambas potencias combinaran en los mares de Oriente.

A tales circunstancias parece que debe atribuirse el que vuelva á agitarse en Inglaterra la realización del

estudiado proyecto del ferrocarril del Valle del Eufrates, que la proporcionaría un camino propio para la India, y la necesidad de acometer sin demora los trabajos, aprovechando la masa de capitales que hoy se hallan sin colocación, y antes que otra nación aproveche la oportunidad de emprenderlo.

Y ya que el ferrocarril nos ha hecho recorrer en pocos momentos una parte de Europa, del Asia Menor y de la Persia, detengámonos unos cortos instantes en este país, cuna del género humano, y sin fijarnos en las vastas ruinas de las ciudades malditas de Sodoma y Gomorra descubiertas por Mons, Sauley sus compañeros de viaje, desviémonos hasta los majestuosos é imponentes restos de la biblica, de la poderosa, de la fuerte, de la belicosa ciudad de Ninive.

Veamos, aunque de paso, esta ciudad cuadrilateral, cada uno de cuyos ángulos corresponde exactamente á los puntos cardinales, cuyas murallas median 28 kilómetros de extensión y estaban construidas sobre una colina artificial cuyos flancos están sostenidos por un muro de 27 metros de espesor, según las medidas tomadas por M. Victor Place, cónsul de Francia en Mosul. Allí están los 200 aposentos del palacio de Sargon (cuya mayor parte descubrió el mismo cónsul), con sus leones, su harem, templo, inscripciones, torre, observatorio, salas de recibo, etc., cuyos planos con el de la ciudad y sus ocho puertas, sus preciosas pinturas, espléndidos adornos é instrumentos de todas clases, dibujados por el mismo M. Place, va á publicar, ó ha publicado ya, el gobierno francés.

Hoy las inscripciones descifradas han hecho conocer el palacio de alabastro y de cedro, descubierto en 1863 y conocido bajo el nombre de Koyudjik, con sus tres patios, el menor de los cuales mide 28 metros de longitud y el mayor 47, con sus grandes salones y sus paredes exteriores que miden 567 metros de E. á O. y 352 de N. á S. como también el que construyó Asar Haddon, según dice M. Layard, es el más espléndido y el que demuestra un desarrollo prodigioso de lujo y magnificencia de su arquitectura, esculturas, pinturas policromas y pavimentos de mosaicos y por la expresión singular de sus estatuas.

En las inscripciones del mismo palacio, Asar Haddon, explica su poderío, intitulándose rey de Asiria, vicario de Babilonia, rey de Egipto, de Meroc, y de Coush, señor de doce reyes de Siria, rey de Tiro, de Judá, y de veinte y cuatro otros diferentes, y describe las obras del palacio con sus columnas de ciprés rodeadas de anchos anillos de oro, etc.

Esta descripción comparada con el mismo palacio es de una exactitud escrupulosa, y tocante á las columnas con grandes anillos de oro ya las había encontrado M. Place en el harem de Korsabad.

M. Ker Porter, Rich, Layard, Rawlinson, Botta, Benoni, Place y otros distinguidos viajeros describen minuciosamente los descubrimientos hechos en esta guerrera y corrompida ciudad, destruida en tiempo de su rey Sardanápalo VII, hace 2488 años, cumpliéndose con su destrucción la profecía de Isaias.

Alejémonos de las márgenes del Tigris, bajemos á la orilla izquierda del Eufrates antes de la confluencia de los dos ríos y detengámonos en Babilonia.

Babilonia (que significa corte del rey del Diluvio), fué fundada por Nemrod, hijo de Chus, el terrible cazador que menciona la Biblia. Babilonia fué la ciudad reina del Oriente primitivo, la rica reina de la Caldea, el emporio del comercio, de las artes y de la astronomía, embellecida por Semiramis (cuyo nombre significa paloma) la esposa de Nino, al retirarse de la feroz y guerrera Ninive: Babilonia cuyo imperio terminó con el banquete de Baltasar y la entrada de Ciro en la opulenta ciudad.

Busquemos la descripción que de ella hace Herodoto, y comparémosla con el relato, que á favor de los trabajos realizados para descubrir sus suntuosos restos, han podido hacer sir Ker Porter, Rich, Layard y otros exploradores científicos.

A la vista quedan los restos de las murallas, cada uno de cuyos lados tenía 22  $\frac{1}{3}$  kilómetros de longitud, encerrando una superficie de unos 500 kilómetros cuadrados, ó sea una extensión como siete veces la de París en 1864, y que son los 4,000 «Mahargargar» á que se refiere una de las inscripciones halladas.

Las tumbas con sus cadáveres rodeados de vasos, lámparas, cilindros metálicos grabados, y diferentes utensilios, y multitud de inscripciones, ó escrituras cuneiformes descifradas, manifiestan las grandes obras hechas, especialmente en los últimos tiempos de Nabucodonosor, y los bajo-relieves encontrados presentan todos los detalles del relato de Daniel y el cumplimiento de lo descrito por Jeremías.

La grande plaza estaba situada en medio de una llanura y rodeada de un ancho y profundo estanque, y los muros que estaban coronados por torres colocadas unas enfrente de otras y que tenían 108 metros de altura, han dejado grandes vestigios que enseñan su espesor de 27 metros y las cien aberturas, cuyas puertas de bronce cerraban las entradas de la ciudad, la cual atraviesa el Eufrates con su rápido y majestuoso curso.

Cada una de las dos partes en que el río divide la ciudad, tiene un notable atributo; la una el templo del Dios, la otra el palacio real.

El templo del dios Belo es un cuadrado regular de 370 metros de lado. A lo alto de la escalera se encuentra un salón y después una grande capilla. En esta capilla, según Diodoro, había una mesa de oro y junto á ella un suntuoso lecho. Nadie podía pasar la noche en este sitio, á excepción de la mujer escogida del dios.

El palacio de Semiramis era una residencia de verano, y sobre sus extensas explanadas se elevaban los maravillosos jardines suspendidos. En el medio quedaba la morada real con sus ricos aposentos y tesoros; pero su acceso era difícil, y para llegar al palacio era preciso atravesar un recinto fortificado y seguido de largos y tortuosos subterráneos. Este palacio está convertido hoy en una ciudadela inexpugnable.

Si los restos descubiertos y que se van todavía descubriendo no fuesen un testimonio irrecusable de la historia, de la grandeza y opulencia del imperio Asirio, podría tenerse esta por una fábula absurda.

Y si hoy han desaparecido los tesoros que encerraban estas vastas ruinas, quedan á lo menos las inscripciones cuneiformes, algunas de las cuales tienen ocho columnas paralelas que contienen 300 líneas, y á favor de las cuales se comprueban los relatos antiguos, especialmente los de Herodoto y de las Sagradas Escrituras sobre la grandeza de esta capital, cuyo monarca, según un bajo-relieve cuyo dibujo existe en el Museo del Louvre, usaba la tiara como emblema del poder real y del sacerdocio.

Corramos aguas abajo del Eufrates, pasemos el punto de confluencia de este río con el Tigris y nos hallaremos en seguida en el Golfo Pérsico.

Aquí dejaré á aquellos de mis lectores que recorriendo el golfo y la costa setentrional del mar arábigo, ó Eritreo de los antiguos, quieran dirigirse á Kurachee en las bocas del Indo, y primera estación del vasto sistema de ferrocarriles que la Inglaterra ha establecido y sigue extendiendo en su imperio de la India.

Me veo obligado á entretenerme en el Golfo Pérsico, para pagar una parte de la deuda que contraí en mi anterior escrito, de ocuparme en otra ocasión de las perlas y de los diamantes, y como la ocasión se me presenta ahora, no quiero dejar pasar esta oportunidad.

En la historia de las conquistas y expediciones asirias y egipcias, en los botines y presentes hechos antes y en la época de Moisés y en los ornamentos y riquezas de aquellos tiempos hallo mencionados el oro, la plata, el hierro, el antimonio, el estaño, las piedras preciosas, los dientes de marfil, el ébano, cedro, sándalo, y otras maderas finas, los pavos reales, los monos y diferentes objetos de oro y plata cincelados.

En la grande inscripción de Karnak se lee que el rey de Asur envió á Thoutmes III, como á regalo grandes piedras de lapis lázuli, una princesa, oro, plata, esclavos, cofres incrustados de oro y plata, un arpa de bronce con embutidos de oro, perfumes y vinos dulces.

Cuando la reina Saba, atraída por la grande fama del rey Salomon, pasó desde la Abisinia á hacerle una visita, hace 2791 años, encuentro que, antes de regresar á su país, hizo al rey un regalo de 120 talentos de oro, y de una cantidad prodigiosa de perfumes y piedras preciosas.

Es cierto que refiere la historia y también las Sagradas Escrituras que Gedeon, al rehusar el poder real, había mandado hacerse un *Ephod* ó vestido de distinción, que, según algunos autores estaba adornado de oro y perlas; pero este es el único caso en que haya sabido encontrar las perlas mencionadas, y por esto manifesté al ocuparme de las piedras preciosas, que me parecía que no se habían conocido todavía las perlas en la época de Moisés.

La perla es una concreción globular encontrada en diferentes especies de conchas, pero particularmente en las conocidas con el nombre de madre perla (*concha margaritifera*.)

Entre los naturalistas, ha habido divergencia de opiniones sobre el modo de formarse la perla, pero parece que todos han convenido ya en que su formación proviene de una enfermedad del molusco, y que como la del *Bezar*, consiste en las capas sucesivas formadas con perfecta regularidad, al rededor de un núcleo extraño.

Las conchas que producen las perlas se encuentran en diferentes puntos y particularmente en la isla de Bahrein en el golfo Pérsico, en la isla de Ceylan, en Zaticoreen en la provincia de Tinnivelly, en la costa de Coromandel, en las islas Sooloo entre Borneo y las Filipinas, en la costa de Argel, en las islas de Santa Margarita ó de las perlas, descubiertas por Colon en 1498, y en otros puntos de la costa de Colombia, en la bahía de Panamá en el Pacífico, y se han encontrado también en Irlanda, Escocia y otros países, aunque no con abundancia.

Las más importantes pesquerías de perlas son las establecidas desde muy remota época, aunque no puedo fijarla, en los bancos próximos á la isla de Bahrein, en el golfo Pérsico, en el cual y especialmente en la costa de Arabia se hallan las bivalvas que producen esta joya.

Las que se encuentran en los alrededores de las islas de Karrak y de Corgo en dicho golfo, son de superior calidad y llegan á tener ocho capas, al paso que las otras solo acostumbran tener cinco. Pero el fondo del mar es tan grande en dichos últimos puntos, que la pesca se hace difícil y poco remunerativa, y además el Chelk de Rushire tiene el monopolio de ella, por haberse apropiado las dos islas.

La estación de la pesca se divide en dos partes: la una llamada «corta y fría», y la otra «larga y caliente.» En el mes de junio, que es el más frío, los buzos

recorren las aguas de poco fondo á lo largo de la costa; y hasta los calurosos meses de julio, agosto y setiembre no zambullen en los bancos de Bahrein, en los cuales el fondo es de siete á ocho brazas.

Los buzos se tapan las narices con una pieza de cuero de una forma adecuada, y los oídos con cera para que no les entre por ellos el agua, se amarran á la cintura un saco ó red para depositar las conchas y ayudan su descenso al fondo por medio de una piedra que está amarrada á una cuerda del bote, la cual sacuden cuando quieren que les ayuden á subir.

El tiempo que comunmente están los buzos debajo del agua es de unos dos minutos, y aunque el bucear es un trabajo penoso y que se considera que perjudica y aniquila la constitucion, se ven buzos de mucha edad.

El buzo zambulle en buen tiempo de doce á quince veces diarias, pero en mal tiempo solamente tres á cuatro veces al día. Este trabajo se hace en ayunas, y cuando el buzo está fatigado se va á dormir y no toma alimento hasta despues de haber dormido algunas horas.

La pesca en la sola isla de Bahrein se calcula que produce de un millon á un millon doscientos mil duros anuales.

Si á esta suma se agregan las compras que los agentes de los comerciantes de Bahrein hacen en Abbotabee, Sarga, Rassul, Khymac, etc., el tráfico total del golfo ascenderá á unos dos millones de duros, porque los principales compradores de la Persia, Arabia y China hacen sus compras en Bahrein.

Los naturales del golfo pretenden que el tráfico produce una cantidad cuatro veces mayor que la mencionada, pero el cálculo de los dos millones está basado en la utilidad que reportan los botes dedicados á la pesca, que son unos 1,500, y cuyo producto viene á manos de algunos comerciantes que poseen un grande capital.

Respecto á los buzos, apenas ganan lo suficiente para vivir, porque los comerciantes les adelantan dinero al ciento por ciento, les hacen pagar á su gusto los dátiles, arroz y otros artículos necesarios, y como en algunos casos, tambien les alquilan ó prestan los botes, el alquiler representa una parte en los productos; y finalmente, como los buzos están siempre debiendo á los dueños de los botes, tienen que vender las perlas al precio que estos les ofrecen.

El valor de la pesca en el golfo es pues muy importante si se considera que se encuentran perlas en otros puntos del globo antes mencionados, y que su uso solo sirve principalmente para adorno.

En 1826 se formó una compañía inglesa para la pesca de perlas en la costa de Argel, pero no obtuvo, segun creo, resultados satisfactorios.

Lo mismo sucedió á las otras dos que se formaron para la pesca en la costa de Colombia y en la bahía de Panamá.

En un tiempo, la pesca en la costa de Colombia dió un grande beneficio, y en 1587 se recibieron en Sevilla solamente cantidades de perlas cuyo peso total fué de 697 libras procedentes de dicha costa, en la cual, de muchos años á esta parte, no tiene la pesca importancia (1).

Las perlas deben escogerse redondas, de un color blanco de plata brillante y trasluciente, libres de manchas y lisas. Reuniendo estas circunstancias las mas grandes son las que tienen mas valor. Las perlas grandes acostumbran tener la figura de «pera» y cuando son perfectas son muy estimadas para pendientes.

El precio de las perlas ha declinado en nuestros dias, parte á causa del cambio de la moda y parte á consecuencia de las admirables imitaciones que se obtienen á bajo precio.

Los antiguos romanos las tenían en grande estimacion, y para formar una idea de ello, citaré la famosa apuesta entre Antonio y Cleopatra.

Esta mujer que habia sido reina de Egipto y á la cual Antonio dió el nombre de reina de reyes, hizo disolver dos perlas en vinagre para servir las en un banquete, las cuales estaban valoradas en diez millones de sestericios ó sean 380,000 duros.

La perla que poseia Felipe II pesaba 2 1/8 onzas y se le consideraba un valor de 150,000 duros.

Las dos mejores que se conocen en la actualidad, segun noticias que hemos adquirido, son: la que compró M. Tavernier en Catiffa (Arabia) por la enorme cantidad de 110,000 libras esterlinas (mas de medio millon de duros). Esta rica perla es de las de figura de pera, regular y sin defecto; su diámetro es de 3/4 de pulgada inglesa en su mayor anchura y su longitud es de tres pulgadas.

La otra es la que posee M. Hope que no está estimada en una cuarta parte de la anterior. Esta perla tiene dos pulgadas de longitud y 4 1/2 de circunferencia, su peso es de tres onzas.

Algunas veces, aunque raras, se han encontrado perlas de color de rosa, y las hay tambien negras y de un color negro rojizo. Las primeras son estimadas como cosa de capricho: en el rio Teith de Escocia se encuentran algunas de las rojizas entre las blancas que producen las conchas de aquel rio.

Además de las perlas reales ó verdaderas, los chinos hallaron el modo de que ciertos moluscos produjesen otras artificiales ó forzadas.

(1) La pesca en Tuticoreen era un monopolio de la compañía de la India, y la de Ceylan lo era del gobierno; pero estos monopolios no daban utilidad por los excesivos gastos de vigilancia y direccion que les eran inherentes.

Hasta hace pocos años, no pudo averiguarse con certeza el procedimiento que usaban los chinos para obtenerlas, que es el siguiente:

Cerca de Ning-Po hay abundancia de almejas de la clase conocida por *mytilus cigneus*. Los chinos despues de sacarlas del mar introducen en ellas trocitos de madera ó de tierra cocida, y vuelven á echarlas al momento al agua. La sustancia extraña introducida en la concha ó almeja irrita el molusco y origina que aquella se cubra con una costra de materia igual á la de la perla verdadera.

A este procedimiento se deben las perlas artificiales de varias formas, y las figuras de diminuto tamaño, entre las cuales, las mas apreciadas por los chinos son las que representan sentado al dios Buddha, y que provienen de unas figuritas de metal introducidas en las conchas, que en el trascurso de un año próximamente se cubren con la sustancia ó materia antes indicada.

Las perlas verdaderas chicas llamadas *aljófar*, que tienen poco valor y que se consumen en grandes cantidades, en Asia, se emplean pulverizadas en la composicion de electuarios en los cuales algunas veces se mezclan polvos de todas clases de piedras preciosas, excepto el diamante, por considerarse este demasiado fuerte y del todo indigestible. Los electuarios en que entran grandes cantidades de polvos de perla son muy estimados por sus supuestas cualidades estimulantes y confortantes.

A pesar del gran valor que tienen las perlas, las conchas de los moluscos que las producen dan en el día un mayor provecho que aquellas. El interior de las conchas es pulido y de la misma blancura y aguas que la perla, y la parte exterior tiene el mismo lustre, despues de quitadas las capas externas, y es lo que se llama *nácar* ó *madre-perla*, que se usa para embutidos, cajitas, mangos de cortaplumas, botones, varillajes de abanicos y multitud de otros objetos.

Los chinos trabajan el nácar con un grado de perfeccion que difícilmente han podido alcanzar los artistas europeos.

Dejo con lo dicho, señor director, pagada la mitad de la deuda que contraje en mi anterior escrito, y si usted sigue dispensándome el favor de concederme un lugar en su apreciable periódico, procuraré entregar el saldo, ocupándome en el siguiente escrito de los diamantes.

J. GIL Y M.

## Real Academia de Nobles Artes

DE SAN FERNANDO.

(Continuacion.)

Pero volviendo otra vez á nuestro tema despues de esta brevisima excursion por los vergeles de la pintura, ya que hemos considerado lo bello como el esplendor de la verdad, añadiremos que no es esta la única definicion, porque, segun el conde de Maistre, *lo bello es lo que complace á la virtud ilustrada*; definicion que atribuye á las bellas artes el poder de producir impresiones con que se recree la virtud y se predisponga el corazon del hombre al ejecutar el bien, rompiendo las terrenas ligaduras para elevarse á la esfera en que la virtud y la verdad despiden esos rayos luminosos que anegan el alma en dulzuras inefables.

Lo bello es pues, una semilla preciosa que las bellas artes están difundiendo continuamente sobre la sociedad, la cual con este rocío adquiere un medio de adelanto y de perfeccion, porque Dios ha querido que por tales medios el hombre se mejore y engrandezca, como se enaltece siempre que el espíritu ejerce en la humanidad su debido y justísimo predominio.

Y que el espíritu se enaltece con el ejercicio de las bellas artes está fuera de disputa. El hombre se admira de la imagen que estampó en el lienzo, de la estatua en que convirtió su cincel una piedra tosca: su corazon se enciende entonces en amor á estas obras de su talento, y se crea goces separados de la materia: — ved aquí un remedio de la Trinidad; un autor, un producto y un amor.

Ved tambien una demostracion de que la materia es inerte y no es creadora por sí; es indispensable un espíritu que la mueva; y si fué necesario que el de Dios caminase sobre las aguas para dar movimiento á lo creado, ha sido preciso tambien que el ingenio del hombre recogiese los colores, los colocase con oportuna é inteligente disposicion en el lienzo; que arrancase de la cantera un trozo de mármol y lo desbastase con su cincel hecho del hierro que extrajo de la mina y fundió.

Y si de aquí pasamos á las gigantescas obras de la arquitectura veremos confirmada la superior inteligencia del hombre, de suerte que una pintura, una estatua y una columna serán á los ojos del que discurra una prueba inatacable de la existencia de Dios y de la espiritualidad é inmortalidad del alma. Porque si el hombre pudo crear su inteligencia, debe haber un autor; y si ese ser supremo creó y enriqueció con dotes tan distinguidos, no fué para sumirla despues en el polvo y privarla de esa vida de actividad que la coloca sobre los demás seres del universo; porque los espíritus son destellos de la esencia divina, y esta es inmortal é imperecedera.

El ejercicio de las bellas artes, es pues eminentemente moralizador. No soy yo precisamente el que lo dice; puedo citar el testimonio de algunos sabios. «Importa, decia M. Portales (1), cultivar las bellas letras y las bellas artes, no precisamente por la mira de nuestros goces y de nuestro esparcimiento, sino por el interés sagrado de la virtud. Los bellos monumentos perpetúan las bellas acciones; los buenos libros propagan las buenas máximas; el arte de hablar bien y de escribir bien predispone el arte del buen gusto. En el estado de nuestras sociedades y de nuestras costumbres, la seca y fria razon se verá precisada á ceder la preferencia á la razon brillante y adornada.»

Pero todavia podemos hacer otras consideraciones que prueban el carácter divino, por decirlo así, de las bellas artes, que pueden mirarse como las paradoras de los estragos que experimentó la humanidad en el terrible cataclismo de su caída. «El cuerpo humano, dice un escritor, era el templo destinado á recibir la imagen viva de Dios, y con este objeto, el divino Arquitecto lo hizo grande, espléndido, digno en una palabra de un destino tan glorioso. La rebelion del hombre produjo un desconcierto hasta en las formas exteriores; y si alguna vez encontramos rostros que brillan con los resplandores de la belleza, será preciso confesar que no vemos en ellos sino restos informes de la belleza primitiva, que nos hacen entrever, ya que no nos revelen la obra maestra de Dios al formar el primer hombre en el estado de la inocencia: obra en que acumuló y concentró todo el esplendor y riqueza de la creacion. Los ojos del poeta y del artista penetraron este misterio, y como en el fondo de toda exageracion y de toda mentira hay una verdad que sirve de punto de partida, se sigue que los ensueños del poeta y del artista en sus ficciones y en sus obras no son mas que un recuerdo del Eden, una reminiscencia del estado primitivo y de la belleza que entonces hermozeaba al hombre.»

Las bellas artes, al representar la imagen de este con las galas de la hermosura, no hacen mas que elevarse á la época venturosa de la inocencia, restituyendo á la humanidad las ricas preseas de que le despojara la desobediencia de nuestros progenitores (2).

(1) Del uso y del abuso del espíritu filosófico.

(2) Estas ideas son en el fondo de M. Haber en su obra *Sobre la direccion de la conciencia de una jóven á su entrada en el mundo*.

Un concepto muy parecido he encontrado, despues de escrito este discurso, en una composicion de mi querido amigo y compañero el señor don Pedro de Madrazo, que se encuentra á la página 211 de un libro impreso con el título de *Las cuatro Navidades*, que contiene poesias de varios autores.

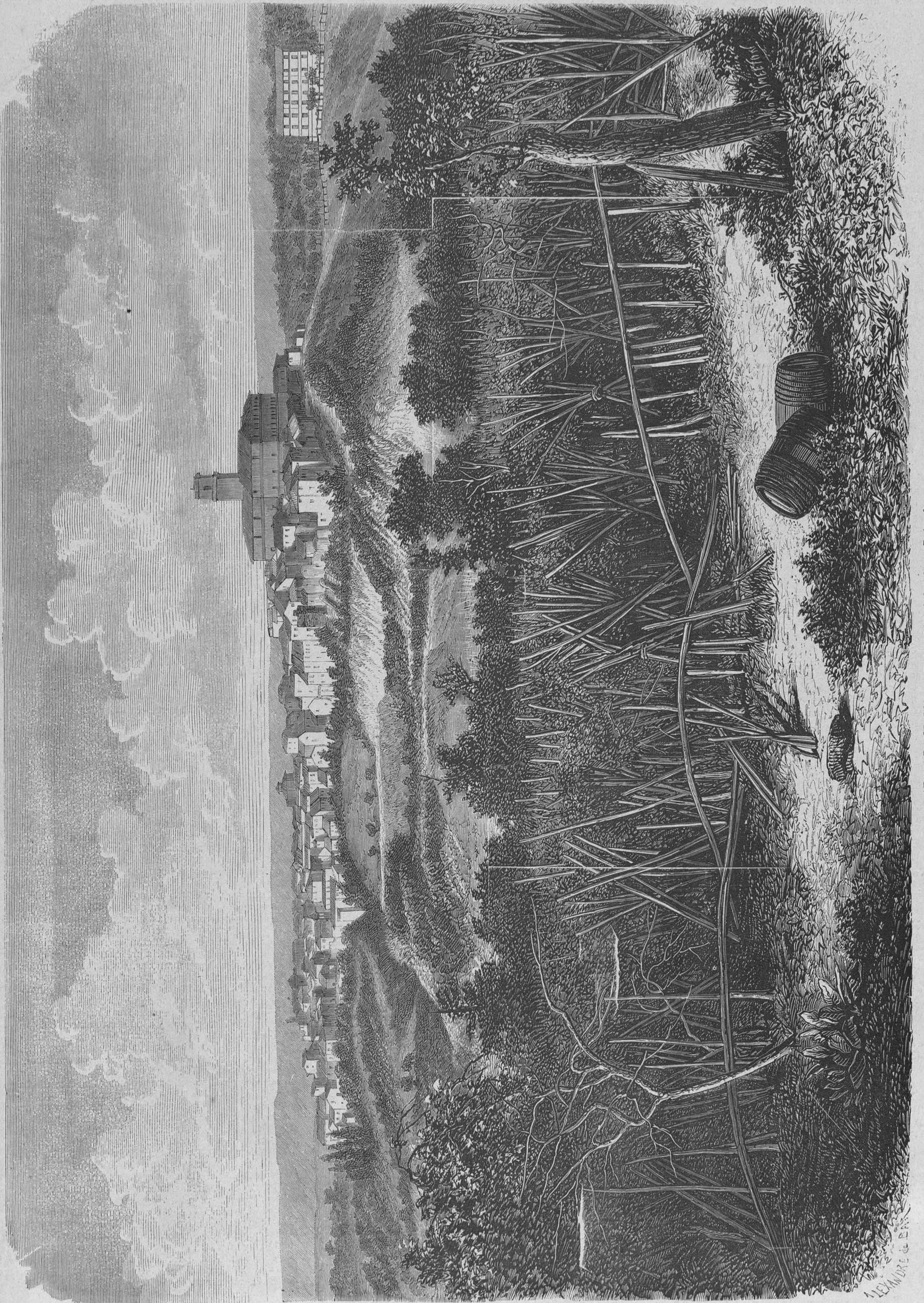
Los versos á que me refiero del señor Madrazo son los siguientes:

Las voces mil que juegan  
En el cañaveral,  
Los ecos misteriosos  
Que al bosque encantos dan,  
Son ráfagas perdidas  
Del coro universal  
Que espíritus y mundos  
Alzaron á compás.  
El músico, el poeta  
Los buscan con afán,  
Y de ellos toma en ambos  
Su forma el ideal.

¿Qué relacion no se encuentra entre estas ideas y las que enuncia M. Lourdoueix en su *Filosofía del Verbo*, en la que á las olas del Océano, al aquilon que azota las selvas y al trueno les atribuye un verdadero lenguaje, obra de Dios; lenguaje majestuoso é imponente, diverso del suave soplo del céfiro y del dulcísimo murmullo del arroyo! Todo lo que llega á saber el hombre no es mas que una adivinacion de las verdades que atesora el seno de Dios. Los poetas y los pintores adivinaron las primeras creaciones del reino animal. Si hemos de dar crédito á los naturalistas de una de las primeras épocas, datan esos saurios gigantes, dueños solos entonces de la creacion viviente; esos plerodáctilos con alas membranosas, los mas monstruosos entre los monstruos antediluvianos, como megalosauros con coraza, cuyas formidables mandíbulas podian sin trabajo dejar paso á un animal del tamaño de un buey: esos iguánidos de 100 piés de largo, que parece han servido de tipo á los vampiros de las leyendas y á todos esos extraños colosos del reino animal que dominaron durante millares de años en las regiones en que el hombre habia de dominar algun día. (Flammarión, *la Pluralidad de los mundos habitados*, página 89.) Supone este mismo autor, página 91, que «tales animales y otros podian vivir en una atmósfera mortal para el hombre,» y á la 93 añade: «Las conjeturas que tienen el campo abierto en nuestro asunto, pero que no alcanzaron derecho de ciudadanía en nuestro libro, pudieran bien armonizarse con las creaciones fantásticas de los poetas y pintores que se han complacido en poblar de seres extraños los tiempos desconocidos, sembrando en ellos con profusion esos emblemas disformes y esos hijos de la extravagancia que se han llamado esfinges, gritos, cabires, dáctilos, lámias, elfos, sirenas, gnomos, hipocentauros, arimaspes, sátiros, harpías, vampiros.»

Las observaciones de este autor comprueban que los pintores con su inventiva alcanzan á las veces á descubrir producciones que se suponen imaginarias, pero que existieron tal vez algunas, si hemos de creer á los naturalistas modernos. Antes que estos hablasen, los autores de los libros de caballería hicieron pinturas que tienen relacion con las teorías modernas.

Hemos dado demasiada extension á esta nota para demostrar que el espíritu del hombre se eleva á pensamientos que no pueden ser inspirados por la materia.



SUCESOS DE ITALIA. — Vista general de Monte Rotondo.



SUCESOS DE ITALLA. — Aspecto del campo de batalla de Mentana; vista tomada del camino de Tivoli, el dia siguiente del combate.

LEA M. P. E. de FAR

LOS SOM. S. M. S. 1871

Pero ¿cómo ejecuta el hombre estos prodigios? ¿Cómo presiente y adivina lo bello? ¡Ah! Solo en el seno del Eterno está el prototipo de la belleza, y el artista para buscarlo debe como un nuevo Prometeo subir al cielo á apoderarse de aquel fuego sagrado, trasladando á la tierra una pequeña parte de las riquezas contenidas en el inagotable tesoro del Omnipotente. Dios hizo al hombre del barro damasceno, y el escultor formando una estatua imita la obra del Criador: la luz hace proyectar sobre la tierra la sombra de los cuerpos, y la pintura copia estos cuerpos, los representa y reproduce; cubriendo su copia con las galas del pincel, que para todo tiene toques y para todos los sucesos de la vida atesora en sus tintas medios de imitación. Ora es la angélica pureza de la Madre del Salvador, ora la agonía del Hombre-Dios en la cruz, ora el sencillo festín de los aldeanos, ora el espléndido banquete de Baltasar y la mano terrible y misteriosa que trazó aquellas palabras que helaron la sangre de los convidados: ora la mar entumecida que en las cimas de sus olas agita como un juguete los buques que el hombre construye á manera de pueblos móviles: ora traslada al lienzo las nubes del crepúsculo vespertino recamadas de oro y escarlata, ó las blanquecinas gasas con que la aurora tiñe las crestas de los montes y reanima la naturaleza, que despierta asombrada al anuncio de la venida del padre de la luz, próximo á aparecer sobre el horizonte renovando su fúlgida carrera á los ojos del universo.

Dios colocó los montes sobre masas de granito, y el arquitecto levanta en la superficie de la tierra una obra que es una segunda creación.

El artista es, pues, un imitador de Dios, una mano que copia sus obras, que las remeda, y con su imitación enaltece su alma y entona un himno solemne á las glorias del Omnipotente. Podré citar en apoyo de mi aserto los versos de Pablo de Céspedes, que vió la luz en Córdoba, y que fué, según dice el señor don Manuel José Quintana, escultor, pintor, anticuario y poeta, el cual poseído de la idea de la dignidad y elevación del artista, exclama entusiasmado y sorprendido:

¡Oh, tú, mas que mortal, ángel divino!  
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano cierto,  
Es tu ser, que del cerco empiro vino  
Al estilo y pincel vivo y concierto.  
Tú mostraste á los hombres el camino,  
Por mil edades escondido, incierto,  
De la reina virtud: á tí se debe  
Honra, que en cierto día el sol renueve.

Concretándose don Pedro Montengon á la escultura, decía:

Por tí son conservados  
Los héroes celebrados  
De la virtud, cuando la muerte dura  
Los reduce á ceniza,  
Y tu diestro pincel los eterniza.

Ved pues reconocido que las bellas artes son un ejercicio casi divino; y todavía añadiré que las obras de los artistas son una predicación continua y elocuente de la existencia de Dios y de la espiritualidad é inmortalidad del alma.

(Se concluirá.)

### Revista de Paris.

Los patinadores se las prometen este año muy felices. Estamos á principios de diciembre y ya los lagos del bosque de Boulogne aparecen suficientemente helados para poder comenzar sin peligro alguno esos ejercicios que cuentan en Paris tan crecido número de aficionados. Verdaderamente el invierno se anuncia bien. Además de los hielos hemos tenido el domingo último un huracán que, aunque sin ocasionar desgracias personales, ha producido grandes averías. Donde principalmente ha descargado su furia ha sido en el Campo de Marte. El magnífico invernáculo del jardín reservado ha quedado reducido á un montón de escombros. Este precioso edificio de hierro y de cristal, no pudo resistir á la violencia del viento, y habiendo cedido se hundió toda la techumbre del invernáculo. Fácil es figurarse lo que habrá sido de la gran cantidad de vegetales exóticos de mucho valor que aquí se encerraban; pocas serán las plantas que puedan aprovecharse.

En el palacio de la Exposición y en las construcciones del parque ha habido igualmente averías mas ó menos considerables; el aparato del alumbrado que rodeaba el inmenso palacio ha desaparecido, así como han volado muchas techumbres y se han roto puertas y ventanas. Todo esto prueba la fragilidad de la obra, que ahora vemos no habria podido resistir sin gran trabajo la estación de invierno, contra la opinión de los que pedían se conservase como una instalación definitiva, ó por lo menos durante un año.

Aunque esta famosa Exposición está cerrada ya y no tar-

daremos mucho en ver despojado de sus construcciones todas el Campo de Marte, no por eso dejará aun de darnos materia para nuestra crónica.

Por ejemplo, esta semana hemos visto anunciado el primer volumen de una obra que comprende diferentes informes, resultado de estudios hechos en la Exposición universal de 1867, de suma importancia. Publica esta obra la Sociedad imperial de aclimatación, y en este tomo se trata de la producción animal y vegetal.

Un extracto de los dos primeros capítulos dará á conocer al lector el interés especial de este trabajo.

Trátase en estos capítulos de determinar cuáles han sido los primeros animales domésticos y las primeras plantas cultivadas en la Europa occidental, y M. Bourguin, encargado de este estudio, ha buscado los elementos de su informe en las salas de la galería consagrada á la historia del trabajo, donde habia una rica colección de aquellos antiguos instrumentos de piedra, que fueron los primeros productos de la industria humana.

Durante los largos periodos de los tiempos primitivos el hombre permanece estacionario, lleva la vida salvaje, habita en cavernas y no se dedica á ningun cultivo. Con la edad de piedra todo cambia de aspecto; el hombre se construye habitaciones, se teje vestidos, se hace agricultor y se rodea de animales domésticos. M. Bourguin busca en la misma Exposición las causas que han producido cambios tan considerables, y luego hace constar que el trigo, que ha continuado siendo la base de nuestra alimentación, fué la primera planta cultivada en la tierra.

Con el trigo el hombre de aquella época remota, cultivaba la cebada, el centeno, el mijo, el haba, el guisante, la lenteja: hacia provisiones de bellotas, avellanas, manzanas y peras silvestres; con semillas de frambuesas y de moras se fabricaba bebidas fermentadas, y en fin, cultivaba el cáñamo como planta hilable.

La Exposición nos ha demostrado que los primeros animales domésticos fueron dos razas de bueyes, el caballo, la cabra, el carnero, el cerdo y el perro.

A juzgar por la corta dimension del mango de sus instrumentos y sus armas, M. Bourguin saca en conclusion que los pueblos que habitaban la Francia en aquellas épocas remotas, eran de corta estatura y no pueden ser considerados como los ascendientes de los actuales habitantes. Aquellos hombres fueron rechazados violentamente hácia las comarcas mas setentrionales de nuestro continente por las sucesivas invasiones de los galos y los celtas, pueblos de alta estatura, como lo prueba el puño de sus armas de hierro, metal desconocido en Europa antes de su llegada.

Tal es el extracto de los primeros capítulos de este tomo, extracto resumido de una larga noticia que sobre la obra publica esta semana el diario oficial del imperio.

Pobre de acontecimientos se halla esta vez la crónica. Se habla ya de preparativos de fiestas; pero todavía no se ha pasado de los preparativos, ni se pasará hasta que comiencen las reuniones oficiales.

El pueblo, sin embargo, ha tenido la otra mañana uno de esos espectáculos que tanto llaman siempre su atención, la ejecución de un reo. En cuanto se sabe que el tribunal de Casación ha resuelto negativamente la instancia del reo contra el fallo del tribunal ordinario, ya ese populacho ávido de tan terribles escenas, acude todas las noches al lugar de la ejecución, y cuando vé que á la luz de las antorchas se levanta el cadalso, despacha mensajeros en todas direcciones tras de los cuales acuden miles de personas.

Pero ¿qué decimos el populacho? Reúnense allí gentes que pertenecen á todas las clases, y hay ocasiones en que hasta se han visto en las inmediaciones de la plaza de la Roquette de esos carruajes de lujo que todos los días se pasean ostentosamente por el bosque de Boulogne.

El desdichado que acaba de sufrir todo el rigor de la ley habia cometido crímenes espantosos. Hé aquí su historia en breves palabras.

En 1866 entraba en Francia un hombre procedente de Cayena, adonde habia sido trasportado por sus crímenes. Se llamaba Carlos Avinain, y desde su juventud que habia ejercido el oficio de carnicero, no tenia otro medio de subsistencia que el robo. Teniendo que arreglar nuevas cuentas con la justicia, fué preso y condenado. Puesto en libertad en enero de 1867, volvió á Paris.

En el mes de marzo de este año llegó á fuerza de astucia á convencer á dos propietarios que era mercader de forrajes y entabló con ellos un negocio; viéndose sin dinero y sin género para cumplir su compromiso con los propietarios, logró engañar á un forrajero para que le diera su mercancía con ventajosas condiciones, y como en la discusión habia avanzado mucho la noche, Avinain, pretextando que era tarde, propuso al forrajero pasar reunidos el resto de la noche sobre la paja del almacén, á lo que el otro consintió, pero no durmió en toda la noche ni quiso que se apagara el farol, debiendo la salvación á sus presentimientos, sin los cuales hubiera indudablemente aumentado el número de las víctimas.

Después de esta infructuosa tentativa, Avinain travó amistad con un tal Vincent, á quien pidió un carro de heno, prometiéndole pagar en el acto si se lo llevaba la misma noche á Courbevoie.

Vincent llegó tarde á dicho punto, por lo que aceptó fácilmente la oferta que le hizo Avinain de quedarse para que descansaran los caballos.

Durante su sueño, Avinain le dió muerte instantánea, rompiéndole el cráneo con un martillo y despojándole de sus vestidos, de mil francos que llevaba y un cuchillo. A la

mañana siguiente se sirvió de ese mismo cuchillo para desarticular los miembros del cadáver, que dividido en trozos fué arrojado al Sena durante tres ó cuatro noches. Vendió los caballos concluida esta operación, y desapareció de Courbevoie, disipando en dos meses el producto de su crimen; cuando sus recursos se agotaron, ideó el modo de reemplazarlos.

Procediendo en iguales términos, alquiló una casa aislada cerca del Sena, donde pronto pudo atraer á un tal Duguet, de sesenta y cinco años, que le llevó un carro de paja. De la misma manera que Vincent, Duguet fué muerto á martillazos y arrojado su cuerpo al río, despedazado por su asesino. Las aguas despidieron de su seno algunos de aquellos restos humanos, y la policía á fuerza de activas investigaciones dió con el miserable, á quien condujo ante los tribunales.

Tan odiosas acciones le han llevado al patíbulo.

Terrible es la pena de muerte, pero hay crímenes que parece no quedarían castigados si no existiera.

Desgraciadamente estos horrores menudean. Entre los últimos de que han dado cuenta las crónicas judiciales, hay un ejemplo de precocidad en el mal que hace erizar el cabello. El caso ha ocurrido en un pueblo llamado Nadaillac, y es el siguiente:

Eloy Leymarie, que acababa de cumplir catorce años y medio, robó 35 francos á un tal M. Delbos, el cual se hizo reembolsar por el padre de Eloy la cantidad robada, y no dió parte á la justicia, contentándose con asustar al muchacho amenazándole con denunciarle.

Eloy, temiendo ser preso, concibió el proyecto de matar á Delbos, que ocupaba, en un sitio aislado á la extremidad del pueblo, un cuarto contiguo á otros inhabitados que pertenecian á Leymarie, padre. Delbos, por una extraña coincidencia, hizo condenar el 12 de junio una trampa que del granero daba á su habitación. El 22, sabiendo Eloy que Delbos no volvería á su casa hasta la noche, concibió para aquel día la ejecución del infernal designio que habia proyectado hace tiempo.

El joven Leymarie se armó de una sierpe y se introdujo á las cinco de la tarde en el granero de Delbos, escalando la casa de su padre y fracturando la trampa, levantó una de sus hojas por la que se introdujo en el cuarto con objeto de ocultar su instrumento de muerte en una caja de madera que habia en la habitación de su futura víctima. Hecha aquella operación, se retiró á su casa y comió, manifestando bastante alegría.

A las ocho volvió Eloy á escalar el granero, y como Delbos aun no habia llegado, se entretuvo en quitarse la camisa y blusa, para que no se mancharan de sangre.

Delbos vuelve por fin. Eloy le espía á través de una hendidura de las tablas, y le ve levantar la vista hácia la trampa con aire preocupado, y subir por la escala para asegurarse si sus hojas están bien sujetas. Tranquilizado con su examen, se acostó creyéndose en seguridad. Eloy, cuando calculó que su víctima estaba bien dormida, levantó la trampa, y deslizándose sin ruido, cogió la herramienta que habia ocultado horas antes, y se dirigió hácia el lecho de Delbos.

Ningun testigo puede dar cuenta de la horrible escena que entonces pasó, pero el estado, número y posición de las heridas, los rastros de sangre en la pared, dan á conocer bastante los impotentes esfuerzos de la víctima y la ferocidad del asesino. Sorprendido en su sueño, Delbos fué herido desde luego en la cabeza, en el cuello y en el pecho. Despertando bruscamente, se levantó aturrido, parando los golpes con las manos, lo cual le hizo perder el pulgar de la mano derecha. Intentó dirigirse á la puerta, y el asesino siguiéndole le hirió por detrás; quiso entonces abrir la puerta, pero Eloy, multiplicando sus golpes, le cortó el brazo derecho con un encarnizamiento inaudito. Considerándose perdido, sin fuerzas ni esperanzas, cayó inanimado. Eloy juzgando muerta la víctima, se retiró, y lavándose para hacer desaparecer la sangre que le habia salpicado, limpió tambien el instrumento del delito. Tomadas estas precauciones, se dirigió á su casa y se acostó pacíficamente al lado de su hermano mayor, sin demostrar la menor turbación.

Dos transeúntes que pasaban á las once de la noche por delante de la casa de Delbos, oyeron gritos y penetraron en ella. La víctima, á pesar de su extrema debilidad, gozaba aun de la plenitud de sus facultades intelectuales, y contó que habia sido asesinado por el hijo de Leymarie, pidiendo avisaran al padre, al que enseñó la trampa por donde juzgaba habia pasado el criminal. Apenas declaró esto, Delbos fué presa de un atroz delirio, falleciendo á las cuatro de la mañana entre horribles dolores.

El hermano mayor del asesino, sabedor del hecho, se levantó, y encendiendo una luz, distinguió una mancha de sangre sobre la frente de Eloy; iluminado por aquel indicio, le acusó, y aun cuando comenzó á negar, abrumado por la evidencia, cuando su hermano descubrió en el pantalón las huellas de su crimen, confesó todo.

Durante los debates de la causa á que dió lugar este crimen, Eloy no manifestó la menor emoción ni pesar. Los tribunales le condenaron á veinte años de detención y diez de vigilancia, máximo de pena que por su edad podia aplicársele.

Pero dejemos ya la crónica judicial, en donde esta vez hemos recogido por excepcion dramas tan lúgubres.

Los diarios de Viena señalan el fallecimiento de un individuo que hizo gran papel en Paris durante los últimos años del reinado de Luis Felipe.

Llamábase Eduardo Marné, y ha muerto á la edad de se-

setenta y un años, despues de haber tenido una existencia llena de aventuras.

Por esta circunstancia su biografía pertenece á la crónica.

Era hijo de una familia de ricos emigrados franceses, y despues de haber recibido una esmerada educacion, habia entrado al servicio del Estado en Rusia.

Pero hé aquí que una mañana fué arrancado de su casa, y sin interrogatorio, sin formacion de causa, le metieron en un carruaje que le trasportó á Siberia.

Once años permaneció en Tobolsk en clase de prisionero de Estado.

Eduardo Marné utilizó este tiempo en componer una obra de mucho mérito sobre la Siberia, y envió su manuscrito al emperador Nicolás en San Petersburgo, acompañándole con un memorial en que pedia su gracia.

Efectivamente, su súplica fué atendida, y algun tiempo despues recibió el indulto, bajo la condicion de que jamás volvería á poner los pies en Rusia.

Era el año 1840, y de Tobolsk se dirigió á Turquía, donde permaneció solo dos años, pues heredó de un tío que tenia en Francia la cantidad de un millon de francos.

Entonces fué cuando se presentó en la córte del rey Luis Felipe, donde muy luego se hizo notar por sus prodigalidades y rasgos excéntricos que concluyeron por llevarle á una casa de locos.

Puesto en libertad un año despues, continuó el mismo género de vida, hasta que muy luego cayó en la miseria.

Viéndose en tal estado, quiso suicidarse; mas la bala de la pistola se detuvo en los riñones, y habiéndosela extraído, le salvaron la vida.

Entonces se hizo maestro de armas, secretario, y no sabemos qué otros oficios de carácter sospechoso, tanto que la autoridad le expulsó de Francia.

Eduardo Marné pasó á Inglaterra donde se hizo policeman, y luego salió para América y llegó á California, donde tuvo la suerte de recoger una gran cantidad de oro.

Con esa fortuna regresó á Europa y se fijó en Viena.

En Viena mataba el tiempo haciendo probaturas químicas. Habíase propuesto hacer diamantes, y como estos ensayos le costaban mucho, si un amigo suyo no hubiese logrado decidirle á que se hiciera una renta vitalicia, habria concluido su vida en la miseria.

Por último, hace dos años dió señales tan evidentes de enajenacion mental, que debieron llevarle á una casa particular de sanidad, en la que ha permanecido hasta su muerte.

Ya que hablamos de existencias anómalas, no debemos pasar en silencio la triste odisea de una mujer llamada Victoria, que acaba de fallecer en Paris, donde vivia de pedir mosna.

Setenta años tenia y no obstante su edad se la veia diariamente por las calles, con un niño en los brazos, uno de esos niños que saben proporcionarse los que solicitan la caridad pública.

Victoria era una mujer delgada, arrugada, cubierta de harapos, y aquella criatura raquítica, siempre llorando y gritando que llevaba consigo para parecer una madre desgraciada, abogaba elocuentemente en su favor y contribuía á excitar la conmiseracion de la gente compasiva.

Al caer la tarde volvia á su barrio y se instalaba en una sórdida taberna, de donde no salia hasta las doce de la noche en un estado de completa embriaguez.

Este abuso de la bebida ha puesto fin á su existencia, y dias pasados la encontraron muerta sobre un monton de trapos en una guardilla que la costaba seis francos al mes, y que no se habia barrido hacia cuatro ó cinco años.

Lo notable del caso es que esta mujer figuró en una de las causas criminales mas célebres de nuestro siglo. Efectivamente, por los papeles hallados en su domicilio se ha visto que se llamaba Victoria Goden, y que era la famosa querida de Lacenaire, aquel asesino de buena educacion y finos modales que vestia frac negro y guante blanco, hombre sin igual, afortunadamente, en los fastos de la justicia.

Largo seria, y además poco interesante para nuestros lectores, el señalar aquí todo lo que se sabe de la existencia de Victoria: bástenos el siguiente rasgo.

En el año 1848 era lavandera en Paris, y durante la insurreccion de junio estuvo en la barricada de la calle del arrabal del Temple, cargando las armas de los combatientes y animándolos.

Quien mal anda, mal acaba, dice el proverbio.

El lunes último ha habido en la Grande Opera una funcion que ha interesado sobre manera al público parisiense.

Se representaba *Guillermo Tell*, que no se ejecutaba ya hacia algun tiempo, y el espectáculo estaba exornado con un gran aparato escénico, una nueva decoracion, un gran refuerzo en las masas corales, y por último, una reparticion nueva.

Faure desempeñaba la parte de Guillermo, la Battu hacia Matilde y Villaret Arnoldo.

Los honores de la funcion fueron para Faure, que ha desplegado cual nunca sus incomparables cualidades de gran cantante y de cómico perfecto, circunstancia que es muy de apreciar cuando se trata de un teatro como el de la Grande Opera francesa. La Battu y Villaret, aunque sin estar á su altura, compartieron con él los aplausos que les prodigaron merecidamente.

El público aplaudió como nunca esta obra magistral que se presentaba aquella noche á su admiracion con nuevos esplendores.

MARIANO URRABIETA.

## La liga reformista de Inglaterra

y sus principales miembros

E. BEALES, E. JONES, BAXTER LANGLEY Y EL CORONEL DICKSON.

Las reuniones que celebraron en 1859 los obreros de Londres divididos con los amos sobre cuestiones de salario y horas de trabajo, tal fué el gérmen de donde ha salido, al cabo de varias trasformaciones sucesivas la asociacion que se conoce no solo en Inglaterra, sino en toda Europa, con el nombre de *Liga de la Reforma*, en inglés: *Reform league*.

De todo lo tratado en estas reuniones se vino á sacar en conclusion que el único medio que tienen los obreros ingleses de mejorar su condicion y obtener justicia, reside en una grande participacion en los asuntos públicos. La semilla estaba en la tierra, lo demás era obra del tiempo.

En octubre de 1862 los *trades'unionists* (obreros de la *Union de los oficios*), se reunieron para sentar las bases de una sociedad política que llamaron: «Asociacion para el sufragio universal y la votacion por escrutinio de los *trades'unionists*.»

M. Jorge Howell, actual secretario de la Liga, redactó entonces una manifestacion dirigida al pueblo inglés.

Dos años trascurrieron, al cabo de los cuales M. Howell concibió la idea mucho mas importante de una organizacion política nacional. Su proyecto no se puso al punto en ejecucion; pero se encontró realizado con la fundacion de la *Reform league* el 23 de febrero de 1865, por manera que el presente secretario de esta sociedad, fué el promovedor de ella.

La liga reformista puede reclamar una buena parte del triunfo alcanzado por M. Disraeli en el parlamento, haciéndole adoptar la nueva ley electoral. Bueno es añadir que la Asociacion ha contribuido menos á este resultado con sus demostraciones públicas en las principales ciudades de Inglaterra, que con la presion que ha ejercido en las Cámaras mediante la vasta organizacion, cuya alma es todavía el comité central de Londres y que extiende sus ramificaciones sobre toda la superficie de la Gran Bretaña y del pais de Gales. La liga reformista cuenta hasta 270 sucursales y en las poblaciones de primera importancia, estas sucursales se subdividen en un número mayor ó menor de oficinas. La perspectiva de una *agitacion* sin fin, por medio de esta vasta organizacion, ha influido sobre las Cámaras hasta el punto de hacerlas aceptar un proyecto de ley mucho mas liberal que el de M. Gradstone, que tan locamente rechazaron en 1866.

En esta lucha legal de una parte de la nacion con el gobierno, muchos hombres han cobrado fama, y sobre todo el presidente y los vicepresidentes de la oficina central, Beales, Jones, Baxter Langley y Dickson. Vamos á trazar aquí un boceto biográfico de estos señores.

### M. EDMUNDO BEALES.

M. Edmundo Beales, nacido el 3 de junio de 1803 en Newnham, hizo sus estudios en el colegio de la Trinidad de Cambridge, y entró en la vida pública en 1830, presentándose como un campeón de la Polonia, papel bastante raro en Inglaterra. M. Beales defendió despues muchas buenas causas, y en 1861 vino á ser presidente de la Liga reformista de Londres. La primera sesion pública de esta asociacion tuvo efecto en 1861 en la taberna de los *fracmasones* bajo la presidencia de M. Beales; pero sus operaciones se vieron entorpecidas por diversas circunstancias, principalmente por la guerra de los Estados Unidos, y hasta despues de la victoria de los federales no tomó un carácter militante de los mas activos.

La Liga reformista debe una gran parte de sus triunfos á su presidente. Durante quince meses M. E. Beales tuvo que luchar con una vigorosa oposicion. Siempre en la brecha, no obstante sus ocupaciones particulares, sostenia con su arrojo el valor de sus partidarios y de sus colegas. Poco numerosos eran aquellos que estaban siempre á su lado y creian en un triunfo definitivo. Por aquella época M. Beales se hallaba tan ocupado como un ministro.

El 16 de enero de 1866 una diputacion de la Liga reformista fué á ver al conde Russell y recibió de este la promesa que presentaria un proyecto de ley liberal en la siguiente legislatura y que la suerte de este proyecto de ley decidiría la de su ministerio. A este paso siguió una conferencia en la sala de San Martin, y siguieron grandes *meetings* en las principales ciudades de Inglaterra y de Escocia.

Algunas semanas despues el bill del gobierno fué presentado en la Cámara de los Comunes, en donde fué rechazado, y entonces la Liga entró en compana y continuó su agitacion en favor del sufragio universal y del escrutinio secreto. Sucesivamente se vieron las formidables reuniones de Trafalgar-square, el 2 de julio de 1866, y de Hyde-Park, el 23 del mismo mes; reuniones interesantísimas bajo varios conceptos, entre otros porque las habia precedido una escaramuza de proclamas y desafíos de toda clase entre el gobierno y la asociacion, y tambien porque manifestaciones de esta clase solo pueden producirse en un pais libre y digno de serlo, y que habian podido hacer creer á todo el que desconoce el carácter doméstico y social inglés, que el gobierno estaba caído y la sociedad amenazada de anar-

quia. Los que en el continente esperaban de estas demostraciones la ruina de la constitucion británica, han podido ver que estaban engañados.

Cuando tuvo efecto la manifestacion llamada de Hyde-Park, M. Beales y M. Langley se acercaron á Marble-Arche, en medio de los sables desenvainados de la policia de á caballo y de los garrotes de los *policemen* de á pié, y estos señores pedian la libre entrada del paseo, á tiempo que los *roughs*, que se habian mezclado en el cortejo, se arrojaron sobre las rejas y las derribaron. Una vez abierta la brecha pasaron los reformistas, y todos recordarán que la torpeza cometida por el ministerio Derby-Disraeli, en cerrar la puerta del parque, produjo la dimision del ministro del Interior. M. Beales, que desempeñaba entonces las funciones de abogado inspector de las listas electorales, fué destituido por el lord *Chief justice*, medida menos política que disciplinaria. Despues se le vió á la cabeza de numerosas demostraciones, ya en Londres, ya en otras ciudades de la Gran Bretaña, y esto hasta que se adoptó el proyecto de ley de reforma.

Mas arriba hemos hablado de las simpatias activas de M. Beales por la Polonia: no insistiremos en este punto.

M. Beales ha sido miembro tambien de la Sociedad de Emancipacion y ha servido elocuentemente á la causa de los federales, ya con la pluma, ya con la palabra. Ultimamente ha formado parte del comité de informacion instituido contra el gobernador Eyre y sus subordinados de la Jamaica, por causa de su conducta en la repression del último levantamiento que ha tenido lugar en esa colonia, comité cuyas buenas intenciones se han visto frustradas porque el gobierno ha sustraído á sus jueces naturales al asesino jurídico del desdichado Gordon.

Por esta corta exposicion de los actos de M. Beales se puede estar en la persuasion de encontrar al presidente de la liga reformista en donde quiera haya que defender una causa justa, trátese de un pueblo ó de un individuo.

### EL TENIENTE CORONEL DICKSON.

El teniente coronel Dickson es hijo del mayor Ricardo Dickson, del primer regimiento de guardias de corps, y por su madre nieto del general Tomás Coxe. Nacido en 1806, hizo sus estudios en el colegio real militar de Sandhurs, y entró en el ejército en 1825. Inmediatamente pasó á la India, y en clase de edecan del general sir Lionel Smith hizo las campañas del Deccan y de Kollipour, en el pais de los Mahrattes. En 1835 marchó á España á combatir en las filas contra Don Carlos, y á la cabeza del 7º regimiento de la legion auxiliar británica, bajo las órdenes del general sir Lacy-Evans, se halló en muchas acciones en las que su denuedo le hizo ganar la condecoracion de caballero de San Fernando.

Algun tiempo despues volvió á Inglaterra, fué nombrado comisario civil de S. M. en el cabo de Buena Esperanza, y ejerció estas funciones durante muchos años en la colonia, recibiendo los testimonios mas lisonjeros de dos gobernadores sucesivos y del gobierno central.

En 1846 fué nombrado M. Dickson, por el duque de Wellington, mayor del 2º regimiento de los milicianos de Tower-Hamlets, localidad de las afueras de Londres, y desempeñó este empleo hasta agosto de 1855, en cuya época fué promovido al grado de teniente coronel del mismo regimiento, que como la mayor parte de los regimientos ingleses, solo se compone de un batallon.

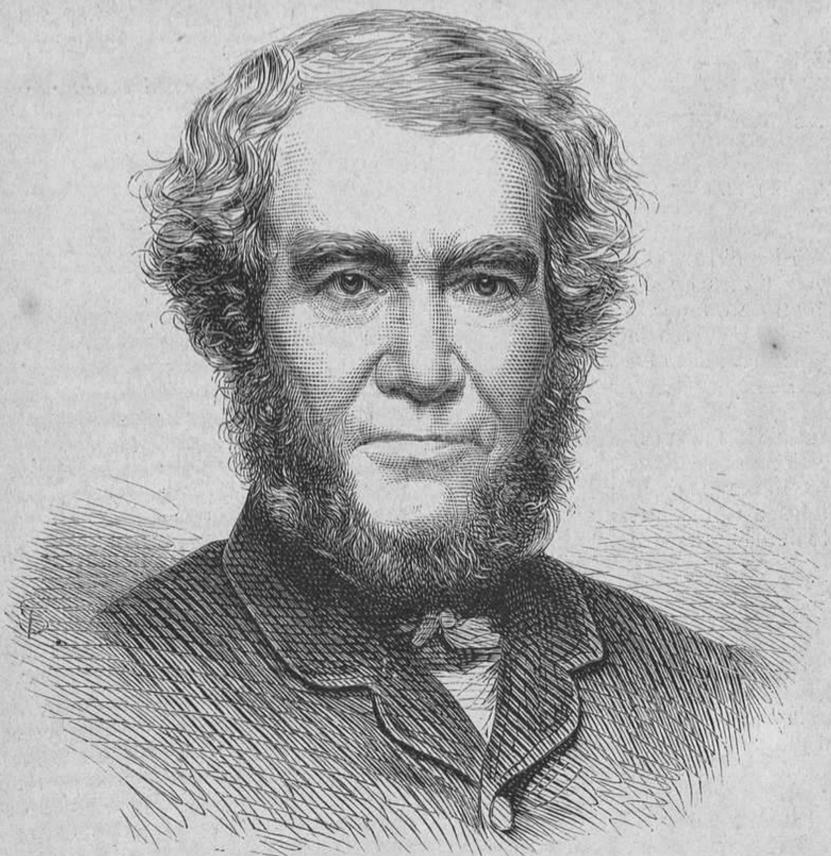
Mas de tres años hacia que ejercia este mando, cuando se le quitó el general Peel, á la sazón ministro de la Guerra. El coronel Dickson habia caído en desgracia por sus opiniones políticas. En defensa de sus derechos publicó un folleto titulado: *Why he did it*, del cual tomamos un pasaje que contiene la historia de sus tribulaciones:

«La conducta del tribunal militar de informacion, dice, y las acciones legales intentadas por el coronel Dickson contra sus opresores oficiales, son asuntos familiares al público. Las acusaciones contra lord Wilton, el general Peel y el vizconde Combermere, la honorable tenacidad con la que ha llevado él solo á sus perseguidores ante varios jurados, el triunfo que ha alcanzado en una lucha tan desigual sobre la compacta influencia de una oligarquía militar, nada de todo esto está olvidado. Mas conviene recordar que cuando trataron de obtener el silencio del coronel Dickson, esto es, su sumision á las injusticias é insultos de que se quejaba, depositando en sus manos 5,000 libras esterlinas, cuya suma perderian los depositantes en el caso en que no le devolvieran el mando que le habian quitado, el autor de este opúsculo escribió al través de la carta que le habia sido dirigida: «No, aun cuando me ofrecieran 50,000 libras.» A esto hay que añadir (M. Dickson es quien habla) que la aceptacion del ofrecimiento de lord Wilton implicaba la supresion del libelo *Why he did it*, cuya publicacion se habia anunciado para el dia siguiente en los periódicos.

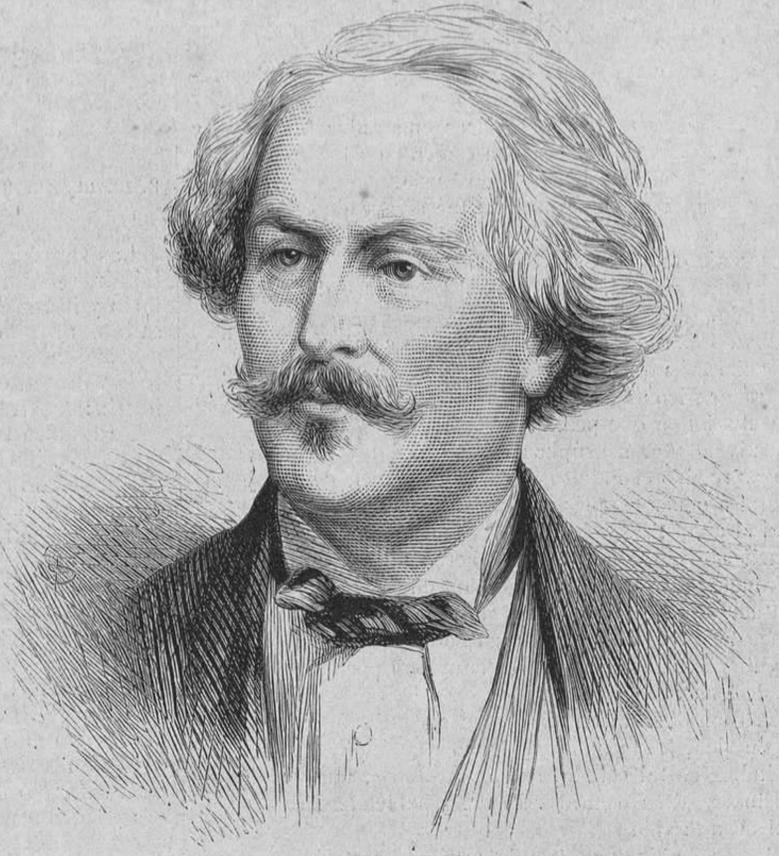
«El coronel resistió á la tentacion; su folleto fué publicado, y se vendieron de él cinco numerosas ediciones en cinco semanas. Razonablemente se puede esperar que esta leccion dada á la burocracia despótica servirá para proteger largo tiempo los derechos de los oficiales bien nacidos, que por consiguiente piensan ante todo en los intereses públicos.»

El coronel Dickson ha repartido su tiempo en estos últimos años entre sus deberes de juez de paz y de *deputy-lieutenant* de los Tower-Hamlets, y su corporacion en la campaña de oposicion emprendida por la liga reformista, de la que es uno de los vicepresidentes mas activos.

J. A.



M. Beales.



El coronel Dickson.

**Las fortificaciones del terrado reservado**

EN EL JARDIN DE TULLERIAS.

En ciertas épocas del año la familia imperial deja el palacio de Tullerías, para ir á otro palacio, ó para ir á Vichy ó á otras partes, y entonces se abren las puertas del jardín reservado al público que circula por él libremente. Los paseantes han podido ver pues la curiosidad de que voy á decir dos palabras, sin embargo que no se encuentra fácilmente y es menester saber buscarla.

No se trata aquí de una estatua ni de una planta

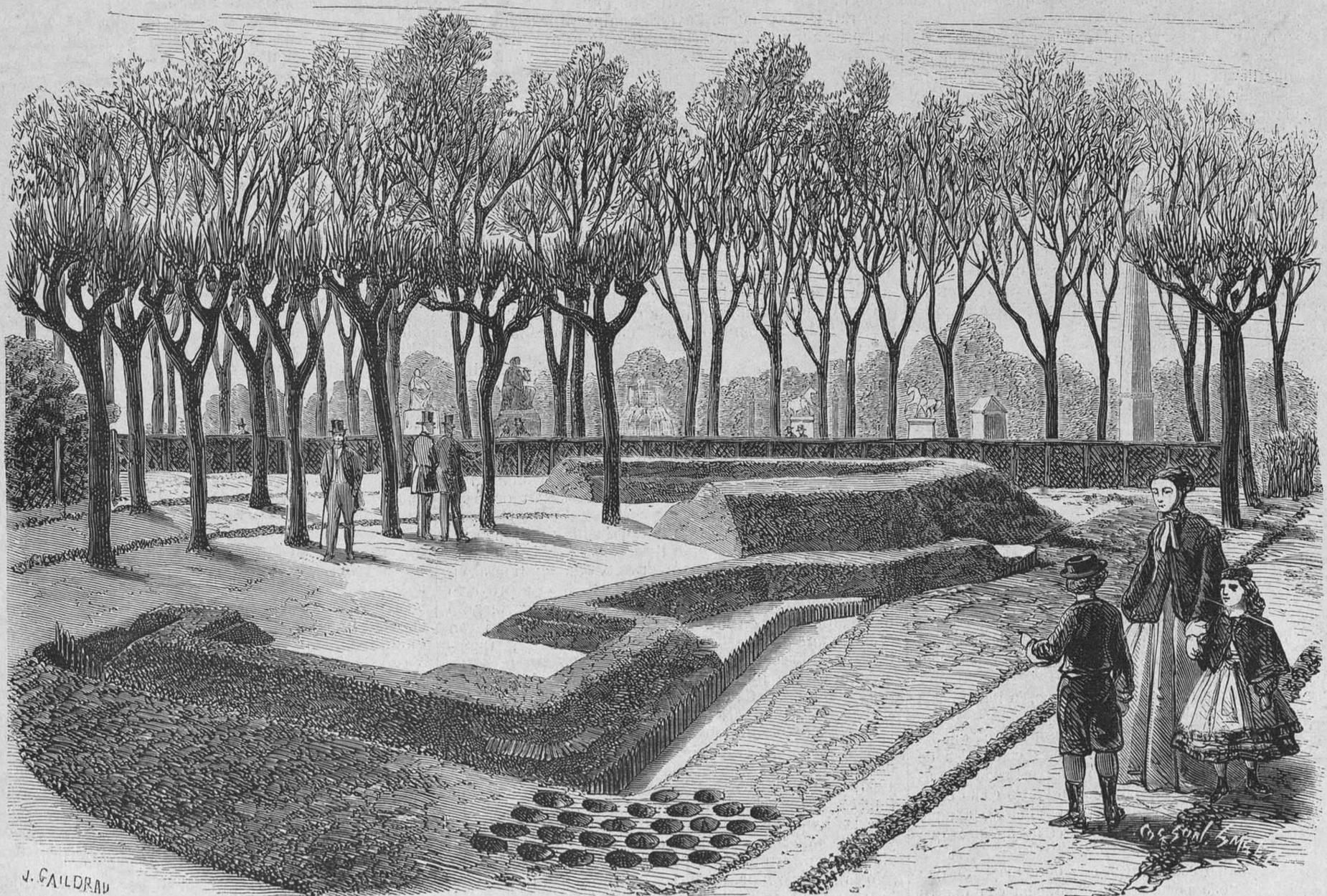
exótica; me refiero á las fortificaciones en miniatura que el emperador ha mandado ejecutar al extremo del terrado que mira al Sena por la parte de la plaza de la Concordia para que sirvan de instruccion militar al jóven príncipe imperial.

Encuétrase esta obra en el circuito contiguo al gran invernadero de los naranjos; toda ella es de tierra cubierta de césped, y se compone de dos recintos. Una de las fortificaciones es regular, esto es, presenta figuras cuyos ángulos y lados son iguales, en tanto que la otra es una de esas fortificaciones pasajeras, fuertecillo, fuerte de campaña, reducto, que se elevan para defender un paso, un puente, un campamento, un punto cualquiera que importa guardar. El foso está guarnecido con una empalizada destinada á poner á los defenso-

res del recinto fortificado al abrigo de toda sorpresa. Además, los aproches del foso están defendidos por un sistema de hoyos circulares y contiguos teniendo cada uno en su centro una estaca amenazadora.

Durante la estancia de la familia imperial en las Tullerías, en este sitio, varias veces por semana, bajo la direccion de los oficiales de ingenieros agregados á la persona del emperador, y aun de S. M. tambien, se instruye el jóven príncipe imperial en esta parte tan importante del arte militar, la castrametacion y la fortificacion pasajera ó durable, obras avanzadas, obras de campaña, blockhaus, reductos, estrellas, etc. Añádese que este estudio ofrece un vivo atractivo al jóven príncipe, que se entrega á él arduosamente.

C. P. D.



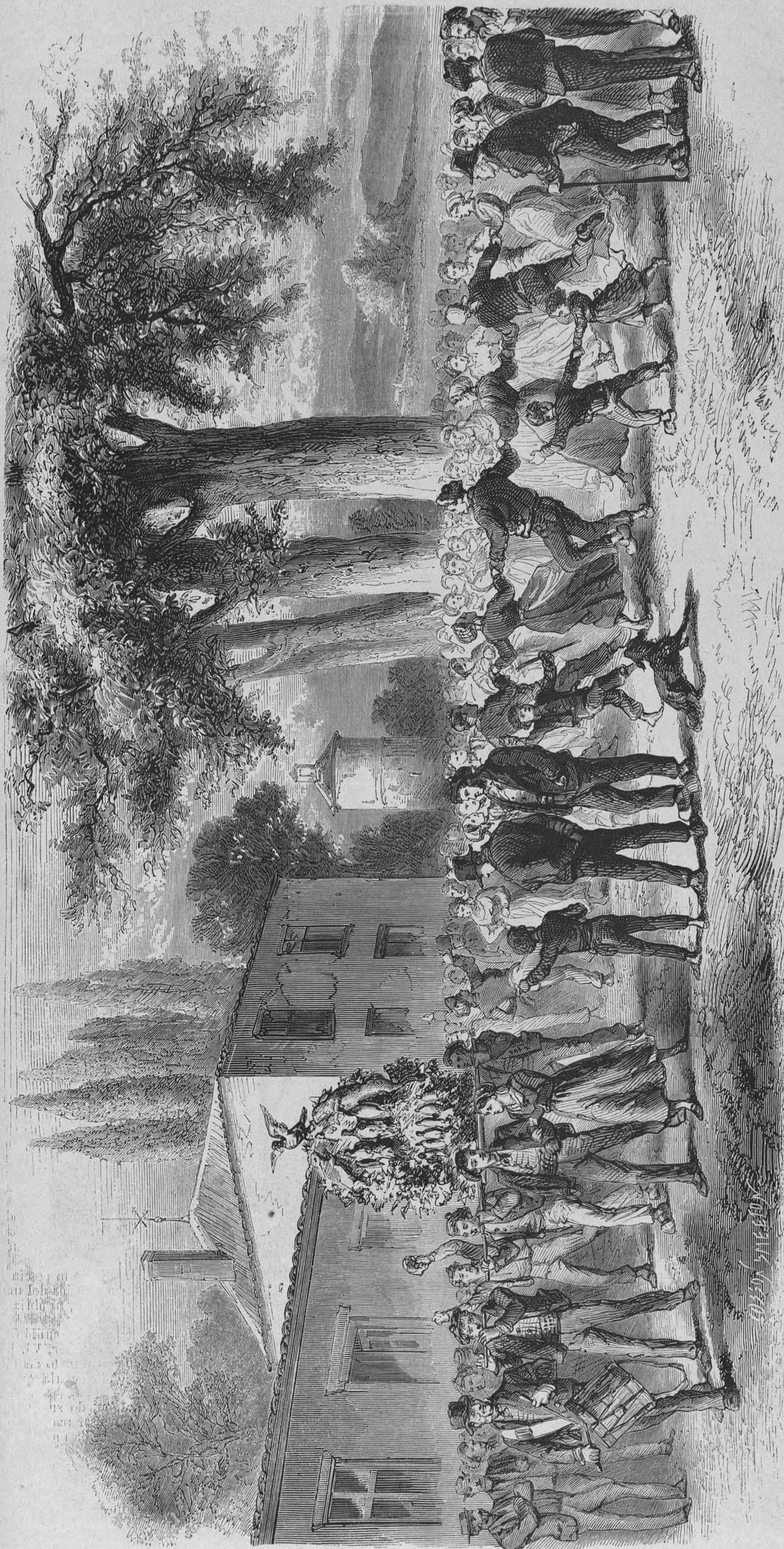
J. GAILDRAY

PARIS. — Modelo de fortificaciones establecido en el jardin de Tullerías, para la instruccion militar de S. A. el principe imperial.

La fiesta de las *Accabailles*

EN LA TORRE BLANCA.

(Alto-Sauternes.)

Las *Accabailles*. — Fiestas del fin de las vendimias en los viñedos de Sauternes.

Hace tiempo se han terminado las vendimias en los grandes viñedos de Medoc; los vinos nuevos están ya en barricas y los corredores han emprendido ya sus primeros viajes de prueba cuando, muy á menudo, duran aun las vendimias en la rica comarca que produce los célebres vinos blancos del Gironda.

La recoleccion es una operacion tan larga en los principales viñedos de los pueblos privilegiados de Sauternes, Bommès, Barsac, etc., donde las vendimias se hacen, digámoslo así, grano por grano, y solo cuando la uva está podrida, cubierta de moho; hay que visitar tantas veces su misma cepa y emplear tan minuciosas precauciones para hacer vinos buenos, que apenas en noviembre terminan sus tareas los grandes propietarios de viñas blancas. Por consiguiente, damos hoy una actualidad con el dibujo que representa la *Fiesta de las Accabailles*.

La palabra *Accabailles* proviene del verbo *acaba* que en dialecto gascon significa acabar. Efectivamente, cuando están terminadas todas las faenas en los campos y en los lagares, los viñadores del país de los vinos blancos se entregan á los regocijos de las *Accabailles*.

Quando llegamos nosotros á la Torre Blanca, todo respiraba ya un aire de fiesta: por todas partes habia flores y guirnaldas de follaje.

Los vastos cobertizos que sirven de abrigo á los carros y á las diferentes máquinas agrícolas, se transformaron en un espléndido salon de baile que apenas separaba de la sala del festin una elegante valla de verdura. El vino corría sin cesar, y así es que nos recibieron con grandes gritos de alborozo.

Nos hizo los honores el gerente de la propiedad, M. Cazenare (inventor del método de poda de las viñas que lleva su nombre) y muy luego tomamos asiento en un banco de honor. Acababa de ponerse en marcha el cortejo de los vendimiadores con la música al frente, pífano y tamboril, hombres y mujeres, dándose la mano y describiendo en torno de los grandes plátanos los mas caprichosos arabescos.

Únicamente dos personajes caminaban allí con gravedad llevando á hombros un enorme ramillete de flores silvestres, construido en forma de pirámide coronado con una paloma viva y flanqueado por mas de veinte piezas de caza, todo ello bien arreglado y que producía el mas bonito efecto.

Una vez que llegaron á la puerta de la casa principal, los vendimiadores se formaron en batalla y el decano de ellos ofreció á nombre de todos al amo M. G. Merman, el espléndido trofeo. Después de la felicitacion de costumbre que recibió la respuesta mas cordial, el tambor y el pífano entonaron un aire de danza sobre el cual dos vigorosas parejas ejecutaron distintos pasos con arreglo á la tradicion local.

Terminada esta danza especial comenzaron los bailes generales en el terrado de la casa.

Habia cerrado la noche hacia tiempo cuando dejamos la Torre Blanca: el baile estaba brillante y animado. De todas las aldeas, de todas las casas circunvecinas acudian grupos de aldeanos dispuestos á continuar la fiesta hasta por la mañana. La luna inundaba con su blanca y suave luz aquella campiña donde resonaban mil alegres canciones.

## La Caridad.

## I.

Alfredo de Montaner era un escribiente de una casa de comercio que con su escaso sueldo, mantenía á su madre y á dos hermanas que veían en él su providencia.

Huérfano de padre á la temprana edad de quince años, había sido admitido en el escritorio del opulento comerciante don Antenor Oquendo, días despues de aquella desgracia y para ocupar la plaza que su padre desempeñaba anteriormente.

Su buena voluntad y mas que todo el deseo de ser útil á su madre y á sus dos hermanas, muy niñas aun para que con su trabajo pudiesen ayudar en algo á aquella, suplían la carencia completa de estudios mercantiles que su padre no había podido proporcionarle.

Si contento estaba don Antenor con el padre de Alfredo mucho mas lo estaba con el hijo. Era el primero que acudía al escritorio y siempre salía despues que todos le habían abandonado y aun muchos días tenía don Antenor que darle la órden de retirarse, porque su salud un tanto decaída, no le permitía prolongar por mucho tiempo las horas de trabajo.

Doña María, que así se llamaba la madre, adoraba á Alfredo y cada vez que el comerciante, refería algun nuevo rasgo de la honradez del chico, las lágrimas corrían en abundancia por sus mejillas.

Por otra parte la conducta de Alfredo fuera del escritorio era intachable y ni una sola vez tuvo su madre que recordarle cuál era el camino que debía seguir en el mundo para vivir tranquilo en él y gozar luego el premio que Dios concede á los justos.

Desde niño se había acostumbrado á huir de las malas compañías y de aquí el que nadie pudiera decir que había visto á Alfredo en cafés, garitos ú otros sitios por el estilo donde por desgracia es tan fácil encontrar hoy jóvenes depravados y calaveras, que con el pié dentro del camino del vicio, rara es la vez que vuelven atrás, y siguen la escabrosa senda de la virtud, como ellos suelen llamarla.

Sus compañeros, educados en esa atmósfera viciada de que tanto alarde hacen algunos en este siglo, habían pretendido con empeño arrastrarle tras de ellos á sus vicios y liviandades; pero Alfredo con ese valor que presta la virtud á sus elegidos, rehusó siempre acompañarles á ninguna de sus fiestas y diversiones.

Esta conducta y las muestras de aprecio y consideración que de su principal recibía Alfredo constantemente, fueron bastante para que la envidia, royendo los corazones de sus compañeros, comenzara á ensañarse en él.

Todas las faltas que ellos cometían caían sobre Alfredo, que ó bien tenía que repararlas antes que Oquendo las notase, ó bien se presentaba á este como el verdadero autor, sufriendo el bochorno de que aquel le dirigiera algunas palabras un poco duras delante de todos, aun cuando luego procuraba dulcificar el castigo sin herir de manera alguna la delicadeza del jóven.

Doña María, ignorante de cuanto á su hijo pudiera ocurrirle y le ocurría en el escritorio, le veía siempre alegre y satisfecho y creía de buena fe que su Alfredo era tan dichoso como él decía.

Viviendo de este modo, la madre engañada y el hijo sufriendo cada vez mas, pasaron cerca de dos años y llegó el verano de 184... que es en la época en que los vamos á presentar á nuestros lectores.

## II.

Era una hermosa tarde del mes de junio.

El sol que con sus dorados rayos había calcinado la tierra durante el día comenzaba lentamente á esconderse tras el lejano horizonte, y una brisa fresca y perfumada, que rizaba las espumosas aguas del Mediterráneo, hacía murmurar los árboles del bosque.

Alfredo, concluido su trabajo, se disponía á salir de a oficina para dar un paseo por la orilla del mar, cuando el señor Oquendo le mandó llamar á su despacho.

Obedeció el jóven y pocos instantes despues se encontraba en presencia del banquero.

— Es preciso que desempeñes una comision esta misma tarde, hijo mio, le dijo don Antenor.

— Usted dirá.

— Toma esta letra y vé á cobrarla antes que cierren al despacho los señores que tienen que pagarla: mañana puedes traer el dinero.

— ¿Mañana?

— Sí, luego no estaré yo aquí y vale mas que lo guardes en tu casa.

— Como Vd. guste, don Antenor.

— Toma y ven temprano mañana.

— Descuide Vd.

Y el jóven despues de saludar á su principal salió del despacho.

Oquendo que le apreciaba casi tanto como si fuera de su propia familia le vió salir con aire satisfecho y luego murmuró restregándose las manos:

— ¡Qué buen chico es! Estoy seguro que en toda la plaza no hay un solo comerciante que pueda preciarse de tener un muchacho como este.

En tanto Alfredo llegó á la casa de comercio donde tenía que cobrar la letra: diéronle el dinero y saliendo

de allí se dirigió paseando á la orilla del mar, sitio predilecto suyo y en el que pasaba muchas horas seguidas cuando sus ocupaciones se lo permitían, contemplando la inmensidad de las aguas y la grandeza de Dios.

Alfredo, en sus ratos de ocio, habíase dedicado á cultivar las musas y de su pluma brotaban ya raudales de arrebatadoras poesías, todas ellos llenas de sentimiento y revelando lo que en su corazón sentía el jóven.

Hijo del pueblo y criado entre él, sus cantos eran todos para sus compañeros de infortunio, para los hijos del trabajo, y ni una sola vez salió de su inspirada mente servil adulación para el noble, mentida alabanza para el opulento.

Largo tiempo permaneció Alfredo ensimismado y quizás hubiera permanecido en muda contemplación hasta muy entrada la noche, si no hubiera llegado á interrumpirle en sus meditaciones, la voz de un niño que á sus espaldas murmuró con sentido acento:

— ¡Señorito, una limosna por amor de Dios!

## III.

Volvió Alfredo y vió ante él un niño que con lastimoso ademán extendía hácia él una de sus manecitas.

Siempre compasivo y bueno, Alfredo llevó la mano al bolsillo para dar una limosna al niño, pero variando sin duda de idea, le atrajo dulcemente hácia sí, y separando de su despejada frente los ensortijados y rubios cabellos que la ocultaban, estampó un beso en ella, y luego preguntó con cariñoso acento:

— ¿Para quién pides limosna, hijo mio?

El niño, con esa entonación peculiar de los andaluces, con esa media lengua que llama Fernán Caballero, tan dulce, tan bonita, contestó levantando sus hermosos ojos azules hácia Alfredo:

— Para mi madre, que está muy malita.

— ¿No tienes padre?

— Sí, señor, pero está muy lejos. Mamá dice que vendrá pronto y que entonces tendremos pan y se pondrá buena; pero como tarda tanto yo salgo todos los días á buscar cuartos para mamá.

— ¿Y no tienes hermanitos?

— Una tengo, Aurora, que es muy buena y trabaja mucho, pero ahora la pobrecita no encuentra camisas para coser y llora mucho, mucho.

— ¿Quiéres llevarme á tu casa?

— Sí, señor, porque mamá se alegrará mucho. Dice que los que van á ver á los pobres, son ángeles del cielo y se pone mejor cuando los ve.

— Entonces, vamos allá.

Y Alfredo tomando al niño de la mano, empezó á andar en dirección de la ciudad.

Por el camino siguió haciendo diversas preguntas al pobre mendigo y cuando llegó á su casa, sabía ya los nombres de toda la familia, si bien ignoraba sus infortunos, que el niño, llamado Julio, no había sabido referirle.

Antes de entrar en la casa de aquella familia desgraciada, Alfredo pensó que no debía ofrecer una limosna como á unos pobres cualquiera, sino de un modo que no hiriese la delicadeza de la señora Marta y de su hija Aurora.

Sin acertar á explicarse el por qué, Alfredo se figuró que en aquel sotabanco que iba á visitar se encerraba una de esas historias desconocidas para la generalidad del vulgo, pero que los hombres caritativos y piadosos encuentran á cada paso.

Poeta y soñador, su imaginación se forjó bien pronto toda una tragedia, porque las maneras del niño, su modo de expresarse, su finura, todo revelaba otra educación distinta de la que por desgracia reciben los hijos del pueblo.

Victimas sin duda de algun gran infortunio, aquellos seres habían caído, quizás desde la mas alta opulencia al primero ó tal vez al último escalon de la miseria.

Pensando esto fué por lo que se detuvo un momento el jóven, pero tomando por fin una resolución, dijo de pronto:

— Vamos arriba, Julio.

## IV.

Era una pequeña habitación del sotabanco de la casa donde entraron Julio y Alfredo, se veían á aquella misma hora dos mujeres pobremente vestidas.

En aquel reducido espacio, sin mas luz que la que penetraba por una pequeña claraboya abierta sobre un tejado á dos metros del suelo y pegada al techo, se veían algunos restos de muebles, en el peor estado que imaginarse pueda.

Un jergon que disimulaba la existencia de la paja, servía de asiento á una señora anciana ya, pero en cuyo rostro se conservaban aun restos que denotaban haber sido hermosa en su juventud.

A su lado y teniendo en sus manos de pequeño vaso con una medicina y una cuchara de madera, con la que administraba el contenido del vaso á la anciana, había una jóven de diez y ocho primaveras, de una hermosura magnífica, pero que descarnada y pálida, daba á conocer sus sufrimientos y su miseria.

— Vamos, toma, madre mia, no seas así, decía la jóven que no es otra que Aurora la hermana de Julio, toma otra cucharada mas y pronto tendremos el gusto de verte buena.

— No puedo, Aurora, ese medicamento tiene un sabor muy desagradable, contestó doña Marta.

— ¿Y qué importa, mamá? Si fueras una niña se comprende que dijeras eso, pero conociendo el bien que puede hacerte esto, es una tontería el no quererlo tomar por su sabor.

— Los viejos y los niños nos parecemos mucho.

— Y qué, ¿acaso eres tú vieja?

— Sí, hija mia, por desgracia los padecimientos me han traído á un estado que ya ha concluido con mi juventud.

— No lo creas así, mamá; ¿qué importa que el cabello comience á blanquear, si aun hay fuego en tu corazón, si aun eres muy jóven por la edad?

— ¡Ah! mucho importa hija, mia. Cuando despues de una vida tranquila y venturosa, en la que todo nos ha sonreído, nos hallamos de pronto sumidos en la mas horrible de las miserias despues de haber sufrido toda clase de humillaciones, la vejez asoma en seguida á nuestro rostro, saturado de ella nuestro corazón. Cuando ya no cabe en él una gota mas de hiel, rebosa por todos lados y nos cubre el cabello de canas y el cuerpo de arrugas.

— Pero, ¿y el alma, madre mia?

— ¡El alma! el alma lentamente parece se consume y envejece tambien con nosotros cuando aun somos muy jóvenes por la edad. Tu pobre padre ha sufrido tambien mucho y aunque es jóven todavia, le verás decrepito y achacoso, si Dios quiere concedernos aun la dicha de volverle á ver.

— ¿Y cómo no? sus cartas son cada vez mas consoladoras, y en las últimas principalmente da á conocer que tiene muchas esperanzas de recobrar su honra y con ella su fortuna.

— Dios lo quiera, hija mia: en tanto pasará las mismas privaciones que nosotros hemos sufrido ahora, y quizás no pueda llegar al fin de su empresa porque el dolor y la miseria postren su cuerpo para siempre.

— ¡Eh! qué ideas mas lúgubres tienes hoy: cuando debías estar mas contenta por el feliz resultado de mi cuestion de esta mañana. La Virgen del Socorro ha oído mis oraciones y nos ha dado para comer.

— Muy buena parece esa señora.

— Es un ángel, madre mia. Y si vieras á las dos niñas que tiene, te admirarías de ver tanta hermosura y tanta pureza reunidas. Cuando encontré en la ermita á esa señora, no me atrevía á acercarme á ella, porque su traje no parecía indicar mucha abundancia de bienes, pero la sonrisa de las niñas que me miraban tristemente, me animó sobremanera. Parecían dos ángeles que Dios puso ante mi paso para que encontráramos el sustento de algunos días y las medicinas para tu curación.

— Dios siempre ampara al que lleno de fe, no desespera nunca de su infinita misericordia.

— Verdad es; madre mia.

En aquel momento dieron algunos golpes sobre la puerta y se oyó la tierna vocecita de Julio que desde fuera llamaba á su hermana:

— Abre, Aurora, que viene á vernos un amigo.

— Ya voy, Julio, contestó la jóven.

Y levantándose ligera como una pluma, abrió la puerta de la estancia.

## V.

Julio que no esperaba otra cosa, se lanzó al cuello de su hermana, gritando con toda la fuerza de sus pequeños pulmones:

— ¡Alégrate, Aurora, que ya tenemos cuartos. Este caballero que va vestido como papá, nos trae muchos, muchos.

Aurora levantó la vista y fijó sus negros ojos en el jóven.

— Pase Vd., caballero, murmuró débilmente.

Alfredo se quitó el sombrero y franqueó la entrada.

Mucho siento, dijo saludando con una ligera inclinación de cabeza á doña Marta y á Aurora, venir á molestar á Vds., cuando no tengo el gusto de conocerlas; pero las simpatías que en mi corazón ha despertado este niño, han sido bastantes á conducirme hasta aquí, no con objeto de hacer una limosna al pobre, sino por conocer á la familia desgraciada que gime en la miseria.

— Su conducta de Vd., caballero, es digna por todos conceptos del mas desinteresado elogio, contestó doña Marta, y al recibirle á Vd. en nuestra humilde vivienda, tenemos una verdadera satisfacción.

Aleccionada en la desgracia, doña Marta ni poseía la candidez de la inocencia, ni la astucia refinada del malvado, pero no se dejaba nunca sorprender, ni abría su corazón al primero que se le presentaba.

— Vd., señora, replicó Alfredo que comprendió desde luego que le era necesario darse á conocer, Vd. habrá creído que mi venida aquí tiene otro objeto distinto del que verdaderamente es, pero siento decir que se ha equivocado.

— Ni he supuesto nada malo, ni puedo suponerlo, caballero, por lo tanto no debe Vd. pensar nada de mí. Pero siéntese Vd. si es que á la única silla que hay en casa, puede caberle esa honra.

— ¿Señora? murmuró Alfredo, y como arrepentido de haberse incomodado por el ofrecimiento de doña Marta, añadió: Yo siento mucho molestar á Vds., pero ya que sin inconveniente alguno me reciben en su casa, voy á exponer con toda franqueza el objeto de mi visita.

Y sentándose en la única silla que adornaba la estancia, continuó diciendo:

— Hace algun tiempo, desde que faltó del mundo mi buen padre, que vivo manteniendo con el fruto de mi trabajo á mi madre y á dos hermanas, muy niñas todavía; á pesar de que mi sueldo no es muy subido y de que somos muchos en la familia, puedo al cabo del mes dedicar parte de mis ahorros, muy escasos por cierto, á remediar las necesidades de mis hermanos los hijos del trabajo y del infortunio, y el día que á esa ocupacion tan grata me dedico, es uno de los mas dichosos de mi vida. Al encontrar hoy á Julio, he sentido en mi corazon no sé qué extraño presentimiento, y en vez de darle una limosna cualquiera, he querido conocer á su familia. El aire distinguido del niño no me ha parecido hijo de una educacion vulgar, y al tener el gusto de verlas á Vds., mi juicio se ha afirmado de una manera tal que no me deja lugar para la mas pequeña duda. Nada valgo y pocos son los recursos con que cuento; pero si la desgracia de Vds. procede, como pienso, de un revés de la fortuna y de algun modo pueden utilizar mis servicios, dispongan Vds. de mí como si fuera un hijo ó un hermano. Tal es el objeto que me ha traído hasta aquí y que estoy dispuesto á cumplir sea cualquiera la clase de servicios que para éllo tenga que prestar.

— La franca declaracion que acaba Vd. de hacernos, contestó doña Marta convencida de las buenas intenciones del jóven, me pone en el caso de ser igualmente franca con Vd. Víctimas somos, efectivamente, de un revés de la fortuna, pero nuestro mal tiene remedio y antes de mucho, quizás podamos volver á ocupar la posicion que antes teníamos en el mundo. Si á Vd. no le es molesto, Aurora podrá referirle la historia de nuestros infortunios, y por ellos verá que no equivocó el juicio que sobre el pequeño Julio tenía ya formado.

— Esa prueba de confianza me honra mucho, señora, y tendré sumo gusto en oír esa historia que grabada ha de quedar para siempre en mi corazon.

— Entonces principia, hija mia y procura ser ligera, que este caballero tendrá acaso quehaceres que no le permitirán honrar largo tiempo nuestra morada.

Aurora encendió un cabo de vela que colocó sobre la mesa y empezó su relacion del siguiente modo.

## VI.

— Hace dos años mi buen padre era uno de los comerciantes de mas crédito en la plaza de Bilbao; su firma sola era una garantía que ninguno de sus colegas de la villa ni aun de España y del extranjero, rechaba nunca. Tanta era su honradez en los negocios y tan exquisita su escrupulosidad en materia de cuentas, que todos los capitales grandes y pequeños del noble solar vascongado, iban á aumantar sus arcas, devolviéndolos siempre á su debido tiempo, con el aumento que al capital correspondia.

Cualquiera que fuera el que se acercaba á su despacho á pedirle una cantidad como préstamo, salia derramando bendiciones sobre él y su familia, porque nunca exigia tanto por ciento ni ninguna de las condiciones que imponen los muchos usureros que por desgracia tanto abundan en nuestra patria.

Nadando en la opulencia, si así puede decirse, la educacion que recibimos mi hermano y yo, fué esmeradísima y digna en todo del puesto que nuestros padres habian sabido conquistarse en el mundo.

Aquella dicha no duró mucho tiempo; un hombre se habia introducido en nuestra casa, amparado por la bondad nunca desmentida de mi padre, y el que tanto le debia llegó á ser la causa de su ruina.

Eduardo, que así se llamaba aquel hombre, era un jóven de veinte y cinco años á lo mas, de buena presencia y modales distinguidos. Empleado en la oficina de papá, tenia á su cargo el despacho de la correspondencia y estaba por lo tanto enterado de casi todos los negocios de la casa y aun de muchos asuntos particulares y de familia.

Aquel hombre, que desde el primer día que entró en casa, habia manifestado por mí particular predileccion, llegó en una ocasion á atreverse á poner las manos sobre mi cuerpo. Aquella accion que manchaba mi pureza y la honra de mis padres me llenó de indignacion, pero comprendí que papá no le tendria un momento mas en casa si le daba noticia de ella, quedando quizás expuesto á la miseria y no dije nada.

Yo misma pretendia encontrar una disculpa para su innoble comportamiento, pero no podia hallar ninguna para exponérsela á mi padre; las que encontraba ó creia encontrar, eran solo para mí y á nadie hubieran satisfecho.

Algun tiempo despues volvió Eduardo á dirigirse á mí con siniestras intenciones y entonces no tuve ya presente nada y grité cuanto pude. A mis voces acudieron papá, mamá y algunos dependientes de la casa que enterados del caso, arrojaron á aquel hombre de un sitio donde con tantas consideraciones se le habia tratado.

Libres creimos quedar de aquel infame, pero nos engañamos completamente. Al salir de la casa se apoderó de la correspondencia de papá que en aquel mismo instante traía el cartero y abusando de todo, leyóla é hizo de ella un uso degradante y miserable, que para vengarse de nosotros sin duda preparaba.

Una de las cartas, dirigida á mi padre, era para un emigrado político que por su conducto las recibia de los hombres mas importantes de su partido; y su contenido, dadas las circunstancias azarosas que en aquella época atravesábamos, fué bastante para que las autori-

dades, á quienes la entregó el infame Eduardo, creyeran á papá complicado en una conspiracion cuyas maquinaciones seguia hacia mucho tiempo el gobierno, y que aquella carta descubria completamente.

Reducido á prision y confiscados sus bienes, perdió el crédito en menos tiempo del que le habia costado ganarle y tras largo tiempo de encarcelamiento, pudo conseguir al fin su libertad, si bien no recobró sus bienes.

Enferma mi pobre madre desde que tal desgracia ocurriera, nos vinimos á este pueblo por consejo de los médicos, y agotados completamente nuestros recursos llevamos ya algun tiempo viviendo en la mayor miseria, de la que solo nos sacan de vez en cuando las almas caritativas que se compadecen de nuestra desgracia.

(Se concluirá.)

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Emulacion de las modistas parisienses para combatir las excentricidades. — Las novedades de la moda. — Trajes de vestir y de baile. — Coleccion de vestidos preparados para una corte extranjera. — Los tocados dispuestos ya para los próximos bailes. — Modelos nuevos y elegantes. — La ropa blanca. — Los cuellos á la moda. — Descripcion del figurin de este número, que representa dos bonitos trajes.

Las principales modistas de Paris, excitadas por una noble emulacion, hacen actualmente nuevos esfuerzos para dominar las tendencias excéntricas de la moda, que se propagan aun en la mejor sociedad con una intensidad verdaderamente deplorable.

En una de las casas de estas modistas, hemos visto vestidos de terciopelo negro de forma polaca que llegan al suelo. La casaca ajustada cierra por un lado de un modo triangular.

El adorno se compone de un doble ruló de raso negro con lazos de raso colocados de distancia en distancia, y una traviesa de raso forma faja sobre el lado izquierdo.

Una pequeña esclavina cuadrada completa el traje.

Un precioso traje gris perla se compone de una falda interior de raso, con otra redonda guarnecida con un triple ruló de la misma tela; el sobretodo que cubre este traje es de hermosa seda labrada del mismo color.

Este sobretodo se abotona en toda su altura y sobre el lado derecho, y está tambien adornado con rulós de raso.

La misma guarnicion adorna el cuerpo describiendo una disposicion cuadrada por detrás y por delante.

Los botones son de seda, con una gruesa orla de raso.

Este traje se destina á una preciosa niña de diez y siete primaveras.

Tambien hemos visto en la misma casa un magnífico traje de baile con una falda interior de tul verde abullonado, y otra falda de tul punteada.

Cada lado está recogido con una traviesa de raso verde.

Sobre el delantero hay una doble falda progresiva guarnecida de blanca. El cuerpo es de forma tirolesa, y está adornado con traviesas de raso verde.

Pero lo principal que tenemos que decir á nuestras amables lectoras en esta revista, es relativo á un envío que una modista parisiense está preparando para una señora de altísima categoría de una corte extranjera.

Vamos pues á describir varios de los trajes de que se compone, sin comprometer por esto los intereses de una discrecion á toda prueba.

No citamos nombres.

Al principiar por un vestido azul de luz bordado de florecillas de plata, diremos que la falda tiene una larga cola. El cuerpo abierto al estilo Luis XV, está rodeado de un encaje gótico formando ancho borde vuelto, y coronado con una banda de plumas blancas y azules.

El encaje forma un lazo en el hueco del pecho, y está fijado con una magnífica placa de brillantes.

El cinturón es de moaré, con cabos cuadrados guarnecidos de una banda de plumas y encaje gótico aplicada en medio de las puntas.

En toda la altura del delantero de la falda hay rosetas aplicadas de pluma blanca y azul.

Las mangas lisas llevan un puño de encaje gótico con roseta de plumas.

Otro cuerpo escotado tenia el mismo adorno en el borde. Nada mas gracioso ni mas elegante.

A este traje acompaña un largo manto de terciopelo azul estrellado de plata, y enteramente forrado de felpilla blanca.

Este manto forma puntas á cada lado, sobre las cuales se arrollan cuerdas de plata y seda azul con hermosas borlas.

Un gran capuchon adornado de las mismas borlas va puesto sobre una pieza de hombro que se detiene en punta á cada lado, y esta pieza tiene una rica franja.

Por último, un cordón fabricado para este manto cierra el alto de la prenda.

Un vestido de faye verde tiene tambien una larguísima falda guarnecida con tres hileras de galon negro coronadas con una hermosa guipure que lleva encima otras tres hileras de galon.

Esta guarnicion sube en forma de delantal por el delan-

tero, donde hay unos lazos de faye sobre una traviesa de galon.

El cuerpo es alto por detrás, pero va escotado cuadrado por el pecho.

Las mangas lisas van adornadas con una disposicion de galon que sube hasta el codo.

Un sobretodo igual completa el traje.

Tambien hemos visto en esta elegante y rica coleccion una bata de estilo griego de forma amplia y libre, con mangas anchas y largas.

El alto de esta bata es un poco escotado, y está montado á pliegues con un gran lazo en cada hombro.

Esta bata es blanca de cachemira, y las mangas abiertas hasta arriba están enteramente forradas de seda azul. Los lazos de los hombros son tambien del mismo color.

Dos vestidos mas, y habremos concluido nuestros ejemplos:

El primero es un elegantísimo traje de raso verde luz con una falda de cola larga, cuyo bajo está adornado con un precioso bordado de trencilla de plata.

El cuerpo es escotado sobre una guimpe alta de encaje antiguo, y su contorno está en relacion con el bajo de la falda.

Las mangas son amplias, y están abiertas solo hasta la mitad; mangas interiores de encaje.

Un cinturón bordado deja caer al lado unas borlitas de hilillo de plata.

El último vestido es de gro boton de oro, y tiene la falda entreabierta sobre otra falda con volantes de encaje blanco que se ensanchan por abajo.

El cuerpo escotado tiene unos flotantes de encaje y un ruló de raso del color del vestido que siguen el contorno de abertura, así como el bajo de la falda.

Hablemos ahora de los tocados, tan importante en la estacion de fiestas en que vamos á entrar.

Las floristas hacen preciosidades.

Hemos visto tocados compuestos de flores naturales reproducidas con una verdad imponderable.

Citemos algunos ejemplos de tan lindos tocados.

Se hacen tocados formados de grupos de florecillas purpuras, montados sobre hilo de oro, de manera que forman una diadema sobre la frente.

Otros tocados se componen con una espléndida rosa de Bengala y su follaje natural, formando varios rastros desiguales.

Hay tambien follajes druidicos montados sobre tallo afelpado y sostenidos por largos lazos de terciopelo verde, que vienen á anudarse por debajo del rodete.

Un gracioso tocado se compone de hojas de parra y vástagos de oro que se prolongan por cada lado de la cabeza.

En ropa blanca debemos señalar tambien el gusto del día.

Entre las prendas de esta clase que pueden interesar particularmente á nuestras lectoras, citaremos los cuerpos de holanda, de forma alta, bordados á ondas menudas adornadas de florecillas. Los puños cerrados llevan igual bordado.

Otro cuerpo de holanda con grandes puntas cuadradas lleva una guarnicion calada, con valenciennes. El puño derecho está abotonado.

Otros cuerpos y mangas no menos lindos se hacen con dobladillo cortado con una banda calada.

El cuello es muy grande y vuelve en forma cuadrada. Un puño derecho cierra con cuatro botones blancos.

Entre los cuerpos de doble tela hemos observado modelos de alta distincion con puntas ilustradas con un medallón bordado en muchos puntos. Todo el cuello está festoneado con lazadas de ramajes muy menudos. Las mangas tienen un puño alto ilustrado del mismo modo.

Los cuellos que se hacen hoy son grandes, y aun se trata de hacerlos mayores.

El figurin que acompaña á este número representa los trajes siguientes:

El primero es de moaré antiguo gris rosado de larga cola, y está adornado con un volante de gruesos pliegues anchamente espaciados. Este volante se detiene sobre el lado para mostrarse mas arriba sobre el delantero, y seguir la direccion de un paño añadido cortado en triángulo y abotonado sobre el lado derecho con grandes botones de pasamanería del mismo color; luego en toda la cabeza del volante, así como en el borde del paño abotonado, hay una ancha pasamanería siempre del mismo color. El cuerpo es alto, y se aplica sobre el pecho con una pieza parecida á la de la falda.

El cinturón forma una sola coca con cabos cuadrados de 25 centímetros sobre 60 de largo, con pasamanería en el borde.

Las mangas son lisas.

Tocado de flores capuchinas y encaje; y guante de cabritilla.

El segundo traje es de terciopelo nuevo de un color oscuro. Tiene dos faldas, la una lisa que toca al suelo, y la otra, mas corta, ondeada al borde con abertura gótica á cada lado y presillas de pasamanería.

Pequeño paletó flotante por el estilo de la falda corta, y mangas lisas con los mismos adornos.

Sesgo de raso en el borde de las ondas, y botones adecuados.

Cuello y mangas bordados.

Sombrero de terciopelo azul con cintas iguales y velo español caído por detrás.

Guante de cabritilla.

M. P.

**Bellas Artes.**

TRES CUADROS

DE LA

ESCUELA MODERNA.

Los tres cuadros cuyos dibujos ocupan esta página son tres obras notables de la Escuela moderna, debidos todos ellos á autores de fama.

El primero, que representa *Un corral*, es de M. F. Rousseau, artista en cuyas composiciones la habilidad práctica no perjudica á la verdad de las escenas que se complace en pintar frecuentemente. El gato que duerme en el descansillo de la puerta, la gallina que ha saltado encima de la puerta, el gallo que canta, el pato que echa la cabeza hácia atrás para saborear mejor no sé qué líquido que acaba de hallar en el fondo de un caldero viejo, todo ese mundo turbulento que se pasea por el corral de una granja, ofrece una verdad digna de todo elogio.

El cuadro siguiente es de M. C. Roqueplan y representa la *Fuente de la Higuera en los Pirineos*. Este cua-

BELLAS ARTES. — *Un corral*, cuadro por M. F. Rousseau.

dro pertenece á la mejor época del pintor, á aquella en que su elegante pincel sabia poner de relieve escenas

Estas mismas cualidades se observan en otros cuadros del mismo autor, de fecha mas reciente. A. J. D. P.

naturales y verídicas, con un vivo sentimiento de la naturaleza pintoresca, en vez de trabajar en composiciones de un estilo convencional, cediendo al gusto del día. En muchas ocasiones hemos deplorado estas concesiones á la moda hechas por el artista, no porque se mostrase aquí menos brillante, sino por parecernos que perdía algo de su valor.

El último lienzo representado en nuestra página, es del artista Haffner, y se titula *Una fuente en Obernay* (Alsacia), cuadro de un colorido vivo y alegre, y de un tono general armonioso, no obstante el rojo encendido de una de las telas. Es de sentir que el dibujo de detalle acuse ciertas incorrecciones. M. Haffner ha renunciado en esta bonita composición á los rasgos negros con que tenía costumbre de cercar sus figuras, y ninguna dureza interrumpe la armonía de su colorido y la finura de su claro-oscuro.



*La Fuente de la Higuera en los Pirineos*, cuadro por M. F. Roqueplan.



*Una fuente en Obernay* (Alsacia) cuadro por M. Haffner.

**El sastre de Paris.**

CUADRO DE COSTUMBRES.

Estaba yo dias pasados en casa de un amigo mio, poeta y hombre de talento, lo que no es absolutamente inconciliable, cuando su sastre entró á traerle, envuelto en el paño de costumbre, un pantalon á la última moda, es decir, estrechito de piernas, y al mismo tiempo aprovechó la ocasion para deslizarle una cuentecita que se iba haciendo atrasada.

Mi amigo, que es miope y distraido, paseaba melancólicamente su anteojo del pantalon á la cuenta, probándose el uno y tratando de leer la otra.

— ¿Qué le parece á Vd.? exclamó el sastre; creo que ajusta.

— Me viene mal, respondió mi amigo haciendo una mueca.

— No puede ser.

— Pues nada mas cierto.

— En fin, se arreglará á gusto de Vd., replicó el sastre exhalando un hondo suspiro.

— Sí, lo arreglaremos... dentro de tres meses.

— ¿Dentro de tres meses? Me gusta la ocurrencia; ha querido Vd. decir dentro de tres dias.

— Ya está Vd. fresco.

— Sin duda, dentro de tres meses ya no se llevarán estos pantalones.

— ¿Y quién le habla á Vd. de pantalones?



La medida.

— ¡Cómo! ¿Habla Vd. de mi cuenta? Pues bien podia Vd. haberse expresado con mas claridad.

Y diciendo estas palabras, sacudió su paño de envolver la ropa con aire de triunfo, y se fué corriendo y gritando hasta el pié de la escalera á mi amigo que trataba de disculparse.

— Como Vd. guste, cuando Vd. quiera, yo habia creído que era el pantalon que no estaba bien.

Así son todos los sastres: la perspectiva de tener que retocar una prenda les espanta. Es un *puñal*, como ellos dicen, pues se entiende que la obra les cuesta un dia ó medio dia de trabajo extraordinario, y de aquí el trágico nombre dado á la prenda que no ha salido á pedir de boca.

Y ¿qué diremos de aquellas que por falta del obrero ó del oficial, no sirven para nada, pues no tienen reparacion posible, y el parroquiano no las toma? ¡Ah! un vestido estropeado así es un *puñal envenenado*. Y no consiste todo en la pérdida material, sino que además hay que considerar la herida de amor propio. Un frac echado á perder en los talleres de un sastre de fama... ¡Qué horror! ¡Qué pensaria la Europa? ¡Pobre frac! ¡Con cuánta rabia la mano convulsiva del industrial te arrugaria delante del parroquiano! Debias ser su triunfo, y eres su oprobio; ocúltate y disimula su derrota con la tuya. ¿Qué hacer con un *puñal*, que ni siquiera sirve para atravesarse con él las entrañas?

Afortunadamente el sastre es un artista. Un



El corte.



El maestro sastre.



La costura.

frac que se le queda por su cuenta, es una estatua rehusada en la exposicion. ¡Odioso jurado!

Otros caracteres del artista se notan igualmente en el sastre, como, por ejemplo, el desinterés y el espíritu de aventura. No se arrastra por los suelos, como tantos tenderos prosaicos, sin querer salir del surco del cálculo mezquino. Comercialmente hablando, el sastre sabe dar mucho al acaso. Nunca perseguirá á un hombre que sepa llevar bien sus vestidos en altos lugares, y hasta en caso necesario sabrá guarnecer los bolsillos de su chaleco, de modo que esta perla de los parroquianos haga figura en la sociedad, y de camino honre á sus casacas.

Mas de un hijo de familia conozco yo, que durante largos años, solo á la generosa confianza de su sastre, ha debido el poder sostener honrosamente su nacimiento, sin tener que apelar al apretado bolsillo de su parentela. El sastre sabe perfectamente de antemano que la cuarta parte de su clientela apenas le pagará mas que con palabras; pero esta perspectiva no le asusta: son los azares de la guerra, y contra ellos dispone sus baterías, ó sean los precios de sus ropas.

Con efecto, es una cosa ideal la tarifa de un sastre, en la cual la mitad al menos, si se trata de un sastre famoso, representa á la vez el riesgo del comercio, la prima de seguro pagada (ó prometida) contra los siniestros mútuos, y el mérito del corte.

Este último punto es lo importante, pues la



La prueba.

tijera es todo para el artista, cuando no se cambia en *puñal*.

Sabida es la soberbia respuesta de un sastre célebre á un personaje económico, que habiéndole parecido caro el precio de treinta pesos por un frac, ofreció dar él el paño.

— Está muy bien, respondió el artista con una sonrisa muy amable.

Entregada la prenda, que habia salido á gusto del personaje, este preguntó:

— ¿Cuánto debo á usted?

— Treinta pesos, lo de siempre, contestó el sastre inclinándose.

— Sí, cuando Vd. pone el paño, pero ahora le he puesto yo.

— No le hace, yo no cuento jamás el paño; cobro el corte y la hechura, y el paño lo regalo.

El oficial encargado de la tijera es el hombre importante de la casa. Todo sastre la ha maneado; pero no es esto decir que todos los cortadores se hagan sastres. Son almas de artista é inteligencias entusiastas de la gloria, pero insensibles al provecho. El cortador pasa la noche soñando con cierto tijejetazo en el chaleco ó en los faldones, y se despierta sobresaltado para combinar luego armoniosamente los números 86, 79, 36, 44 y 53. No es esto un quintero de loteria, sino la fórmula, el signo abstracto, la gran línea elemental de un corte inédito que pronto hará su aparicion en el bosque de Boulogne. ¡Oh poder de las cifras! ¿Quién creeria que estos guarismos cabalísticos envuelven tanta poesia, tanta gra-

cia, tantos contornos, tantas seducciones? Así es que al rayar la aurora, el oficial de corte se instala ante el mostrador, ante un formidable promontorio de piezas de tela, mas grave que un censor, y mas inspirado que un poeta. Sus ojos echan chispas, y se pega en la frente en tanto que su incansable tijera multiplica los cortes. En nombre del cielo no le habéis una sola palabra, pues turbariais su trabajo de imaginación. Acaba de crear un frac con tres botones en vez de cuatro; tiene en la mente una nueva manga, y si la expansión lírica continúa, no se habrá visto nada mas brillante que la moda que él va á fundar para el año 1868.

Merece admiración el oficial de corte, pero sin embargo, no hay que tener en él una fe ciega. Dice La Bruyere que un hombre de bien debe dejarse vestir por su sastre segun la moda corriente, sin ocuparse de ella; y M. Bulwer hace decir á uno de sus héroes, Pelham (*The adventures of a gentleman*), que la primera condición de la elegancia consiste en no llevar un frac demasiado bien hecho, observación tan delicada como justa.

Digamos algo del simple obrero encargado de la costura. Esta clase de operarios consagrada á la inmovilidad se halla dotada de una naturaleza turbulenta, sin duda en virtud de la ley de los contrastes y por espíritu de oposición. Enemiga de la tiranía, ha adoptado esta máxima: «Los grandes no nos parecen tales sino porque nosotros estamos acurrucados; levantémonos.» Y de aquí sus coaliciones, entre ellas las del año último, que nos ha valido un bonito aumento en el precio de los pantalones y las levitas.

En conclusion, por regla general el sastre de Paris puede definirse de este modo: «Un industrial alemán que corta vestidos á la inglesa.»

### Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

El buen humor reinaba en el salón: los dependientes estaban encantados de haber podido contribuir á preparar á Wohlfart una sorpresa tan agradable, y este se hallaba loco de contento al verse objeto de tantas muestras de amistad.

Estaba allí como alelado sentado en una silla almohadada que su amigo Specht le habia presentado, teniendo delante de él al caballero que con su espada dorada le saludaba desde un bosquecillo de rosas, y á su alrededor estaban sentados sus camaradas, deseosos todos de dirigirle alguna afectuosa frase.

Parodiando á un héroe de los antiguos tiempos, M. Pix se levantó y dirigió un brindis á Antonio. Recordó con una elocuencia de que hasta entonces no habia dado pruebas, y de la que no las dió despues. que Antonio habia sido admitido entre ellos como meritorio, á manera de un lechoncillo, teniendo tan poco conocimiento para distinguir un cañon de pluma de un cañon de canela como un canario le tiene para hacer café; pero con ayuda de la gran balanza, que podemos considerar como su cuna, y á los cargadores como sus nodrizas, y con la cooperacion de algunas otras personas, que la modestia impedia nombrar al orador, se habia llegado á conseguir de una manera extraordinaria la emancipación del menor.

Antonio se levantó á su vez y brindó por todos sus compañeros. Refirió entonces el miedo de que se vió poseído al abrir por primera vez la puerta del despacho. Recordó á M. Pix el negro pincel con que le habia indicado el camino; á M. Specht su pregunta:

— ¿En qué podemos servir á Vd.?

Y á M. Jordan el mangote que se habia quitado para conducir á Wohlfart á su cuarto.

Estos brindis fueron seguidos de otros muchos, y se descubrió con gran sorpresa de los circunstantes, que el silencioso M. Birman habia sido dotado por la naturaleza del don extraordinario de rimar dos ó cuatro versos de corria, despues de haber bebido el tercer vaso de ponche.

La alegría fué en aumento en aquella reunion, las luces esparcieron con mayor fuerza sus resplandores, las rosas adquirieron un matiz mas fuerte y resplandeció en las fisonomías de todos un subido color encarnado.

Los dependientes no se separaron hasta altas horas de la noche. Antonio no quiso acostarse sin participar á Fink su felicidad; corrió al encuentro de su amigo que se retiraba, y le contó en la escalera el gran suceso. Fink, trazando un 8 en el aire con un latiguillo, en señal de alegría, exclamó:

— Me encanta que M. Schröeter haya tenido esa idea: nunca hubiera creído á nuestro déspota capaz de tal exceso de bondad. Ahora salvarás un año antes la barrera que te separa del gran mundo.

Al día siguiente, M. Schröeter llamó al nuevo dependiente á la pequeña habitación que habia detrás del último despacho, al santuario de la casa, y recibió sonriendo las gracias que le dió Antonio por su bondad.

— He obrado de esta manera, le dijo, por vuestra

inteligencia, y porque la carta que me entregásteis al debutar en el comercio, os abrió en mi casa un crédito ilimitado. Debeis estar contento y satisfecho por poder hoy en adelante bastaros por vuestro trabajo y vuestra actividad. Desde este día percibireis el sueldo del dependiente á quien reemplazais.

Finalmente, tambien las señoras felicitaron á Antonio á la ora de comer. Sabina se adelantó casi hasta el extremo de la mesa, detrás de la silla de Antonio, y le dirigió algunas halagüeñas palabras nacidas del corazón. El criado puso este día delante del cubierto de cada uno de los convidados una botella de vino; M. Schröeter levantó el vaso; y dirigiéndose á Antonio le dijo con tono afectuoso y grave:

— Querido Wohlfart, ¡brindo á la memoria de vuestro honrado padre!

### SEGUNDA PARTE.

#### I.

Un domingo por la mañana, estaba Antonio ocupado en leer el *Ultimo mohicano* de Cooper, mientras los primeros copos de nieve azotaban los cristales de su ventana intentando en vano penetrar en el asilo del gato amarillo, cuando de repente entró Fink, y desde el umbral de la puerta dijo:

— Vamos, Antonio, es preciso que yo vea tu guardapropia.

En seguida abrió el armario de la ropa, y despues de haber examinado atentamente el frac y las demás prendas de vestir de su amigo, movió la cabeza, y terminó su inspección con estas palabras:

— Te mandaré mi sastre y te tomará medida de un traje completo.

— No tengo dinero, contestó Antonio riendo.

— Tú desalinas, querido, repuso Fink. El sastre te fiará todo cuanto necesites.

— Pero yo no quiero tomar nada á fiar, repuso Antonio que se incorporó en el sofá para abogar ventajosamente en favor de una sabia economía contra su mal consejero.

— Esta vez será preciso, dijo Fink resueltamente, que hagas una excepcion de la regla. Es ya tiempo de que veas un poco mas el mundo. Yo me encargo de introducirte en la sociedad.

Antonio se levantó ruborizado, y dijo con calor:

— Eso no puede ser, Fink; no conozco á nadie en la ciudad y yo no estoy todavía en posicion de producirme como es debido en el gran mundo.

— Precisamente por eso es por lo que necesitas acostumbarte al trato de gentes. Es necesario que renuncies lo mas pronto posible á esa deplorable timidez. Es el defecto mas abominable que puede tener un hombre bien educado. ¿Sabes valsar? ¿Te acuerdas de las figuras del cotillon?

— Hace ya algunos años que aprendí á bailar en Ostran, contestó Antonio.

— No importa, volverás á aprender. La señora baronesa de Baldereck me confió ayer que varias familias abrigan la idea de organizar una reunion para que sus lindas pollitas puedan, al abrigo de las aves de rapiña, aprender en ella á hacer uso de sus alas. La leccion de baile tendrá lugar en la misma casa de la baronesa, que desea amaestrar á su hija y encontrarle un marido. Hé ahí un partido que te conviene; yo me encargo de presentarte en la casa.

Antonio, profundamente alarmado con este proyecto, se incorporó de nuevo en el sofá, y buscando en su imaginación razones con que rechazar victoriosamente aquel ataque inesperado, dijo con toda la calma que le era posible en aquel momento:

— Fink, esa es otra de tus bromas y no puedo de ningun modo consentir en lo que me propones. Madama Baldereck pertenece á la alta aristocracia, é indudablemente todos los que se reúnan en su casa para bailar pertenecerán á esa clase.

— Sin duda, repuso Fink, aristócratas *pur sang*. En tiempo de Thusnelda (1), las primeras abuelas de las nobles damas tuvieron todas el honor de llevarle á aquella ilustre princesa el gorro de dormir á las vírgenes selvas de Alemania.

— Chanzas aparte, dijo nuestro héroe, ¿cómo puedes haber concebido una idea tan singular como la de quererme presentar ante semejante sociedad? Con eso no haces mas que ponerme en el caso de sufrir la amargura de ser rechazado, ó, lo que tal vez será aun mas desagradable, de sufrir algun insulto.

— ¿Quieres hacerme perder la paciencia? dijo Fink exasperado. Yo te aseguro que tú y la mayor parte de los de tu clase tienen mas derecho á llevar erguida la cerviz que muchos de los que son admitidos en casa de la baronesa. Nadie mas que vosotros con vuestra torpeza y falta de conocimiento ó con vuestra baja adulación daís pábulo á las pretensiones de esa caterva de hidalgos pelones. ¿Cómo puedes tú creerte menos digno que otro cualquiera? Nunca hubiera imaginado formases de tí mismo tan pobre idea.

— Te enganas, contestó Antonio algun tanto resentido. Yo no creo valer menos que cualquier otro; sin embargo, conceptúo que seria una locura y sobrada pre-

(1) Thusnelda, esposa de Arminio ó Hermann, libertador de Germania.

sunción por mi porte quererme introducir en una sociedad compuesta de gentes que, por una razon cualquiera, me mirarian con mal ojo. Un amor propio legitimo me prohíbe buscar la compañía de personas que no me apreciarian como es debido, por la sola circunstancia de trabajar en un escritorio de comercio.

— Escúchame un momento; estoy seguro que esas gentes te recibirán con gusto en su sociedad, te respondo de ello, dijo Fink con convicción. Tú no conoces el mundo, y lo miras todo como muy difícil. En casa de la baronesa hay falta de caballeros para el baile; gozo de de algun crédito con la señora de la casa, de lo cual no estoy muy engreído, y me ha rogado que lleve allá algunos conocidos míos. Pues bien, yo te presento, y está dicho todo. Considera todavía el asunto bajo otro punto de vista. ¿Qué significa esa leccion de baile? Es una reunion instituida para dar mayor flexibilidad á los músculos de los danzarines; pagas lo que te corresponde á prorateo por tus lecciones como cualquiera otro, y ¿qué importa que en la mazurka hagas dar vueltas á una condesita ó á una linda jóven de la clase media? Todas las jovencitas son amigas de la danza.

— Sin embargo, por mas que digas, eso no puede tener lugar. Estoy intimamente convencido de que eso no es conveniente y hace que...

— Vamos, veo que es muy difícil convencerte, exclamó Fink impaciente. Un día de estos vendrás conmigo á hacer una visita á madama Baldereck. Yo presentaré á Antonio Wohlfart en calidad de dependiente de la casa Schröeter. No hablaré una palabra de las lecciones de baile y ves cómo te recibe aquella amable señora: si á tus ojos se presenta ceremoniosa y fria y un tanto altanera, si no es la primera en hablarte de las lecciones de baile, quedarás enteramente libre para persistir en tu opinion. Espero que este arreglo destruirá todos tus escrúpulos.

Antonio se mostró vacilante y reflexivo. El negocio no le parecia de ningun modo tan sencillo como le decia su amigo; pero en aquel momento no tenia el aplomo necesario para pesar friamente el pro y el contra y elegir, pues hacia mucho tiempo que abrigaba en el fondo de su corazón un deseo invencible de contemplar de cerca la agitada vida del gran mundo.

Cuantas veces habia oido la música en los bailes que se daban en el salón de M. Schröeter, cuantas veces leia en los periódicos la descripción de cualquiera aristocrática *soirée* y aun hasta cuando estaba solo abismado en sus ensueños, se despertaban en él agradables recuerdos de un momento de felicidad: aparecia ante sus ojos la mansion señorial con sus torreoncillos, la bella pradera esmaltada de flores y la noble niña que, en el estanque de los cisnes, le habia servido de batelera.

Hoy, bajo la impresion de este recuerdo encantador, realzado con los poéticos colores con que su ardiente imaginación habia sabido engalanarlo, sus escrúpulos y vacilaciones se desvanecieron como por encanto y consintió sin dilacion en todo lo que exigió de él su amigo.

Una hora despues se presentó el sastre que Fink mismo habia ido á buscar. Tambien fué este el que presidió la eleccion de los géneros, y esto con un gusto é inteligencia que admiraron no solo á Antonio, sino tambien al sastre.

Despues del medio día, haciendo un magnífico sol de noviembre que derretia la nieve de las calles, Fink metió en el bolsillo de su levita algunos papeles que tenian la apariencia de documentos importantes, y se puso á recorrer como un ocioso paseante todas las calles mas frecuentadas de la ciudad, dirigiendo miradas en derredor de sí como un agente de policía que anda siguiendo la pista de algun *industrial*.

Al fin atravesó la calle con aire satisfecho y abordó á dos elegantes que se paseaban solos por entre la multitud dominguera. Estos eran el teniente de Zernitz y M. de Tönnchen, los dos de carácter resuelto y maneras intachables.

— ¡Ah! ¿sois vos, Fink?

— ¡Buenos días, señores!

— ¿Qué andáis buscando por ahí como un sonámbulo? preguntó M. de Tönnchen.

— Busco dos hombres, respondió Fink con aire melancólico, dos almas vivientes bastante pervertidas para beber una botella de Oporto, un domingo en medio del día, y que me quieran servir de testigos en un negocio de poca importancia.

— ¿Testigos? preguntó M. Zernitz. ¿Acaso querriais ir á batiros detrás de la iglesia?

— No, cumplido caballero, contestó Fink. Ya sabeis que he renunciado á los lances de honor desde que el diminuto Lanzau, disparando sobre mí, me llevó el gatillo de la pistola. En este momento soy uno de los entes mas pacíficos, pero uno de los mas aburridos, un verdadero hombre de negocios, un digno hijo de la casa de Fink y Becker. Busco dos testigos para mandar extender sin dilacion una escritura. Ya he encontrado un notario que la haga, pero los testigos de oficio se han ido á jugar á los bolos. Hariais verdaderamente una obra de caridad, señores, si me ayudarais á matar esta tarde. En un cuarto de hora terminamos nuestro negocio con el escribano y luego nos iremos al café italiano.

Nuestros dos nuevos personajes aceptaron sin oponer dificultad.

Fink los condujo á casa de un escribano conocido suyo, y le rogó que extendiera en presencia de aquellos dos testigos un acta de cesion inmediata, añadiendo que el negocio no admitia dilacion y que era de la mayor importancia.

Presentó un documento muy respetable, escrito en inglés, en el cual el abogado general de Nueva York atestiguaba oficialmente que M. Federico Fink era propietario de unas tierras conocidas bajo el nombre de Fowlingfloor, con sus dependencias, islas, árboles y frutos.

Declaró en seguida ante el notario que cedía todos sus derechos de propiedad consignados en aquel documento á M. Antonio Wohlfart, dependiente de la casa de Schroeter.

— El pago de esta propiedad, añadió, se ha efectuado integralmente.

Suplicó en seguida al notario que extendiera la escritura con la mayor prontitud posible y que no dijese una palabra á nadie de todo este asunto. El notario le prometió cumplir con sus deseos y los dos testigos firmaron el acta.

Al salir, rogó á estos últimos, con una seriedad que no le era habitual, que guardaran el mas inviolable secreto, sobre todo en presencia de Wohlfart. Los dos se comprometieron á ello, no sin manifestar alguna curiosidad, y M. de Zernitz no pudo menos de decir:

— Supongo que no habeis querido hacer testamento, porque si fuera así, os quedaria muy reconocido si me legárais vuestra escopeta.

— Si la quereis aceptar mientras conservo la vida, contestó Fink melancólicamente, me hareis con ello un gran favor.

— ¡Diablo! ¡diablo! exclamó el buen teniente casi asustado, no era eso lo que yo queria, y no sé realmente si en conciencia puedo aceptarla.

— ¿Por qué? dijo Fink sonriendo. Yo no necesito esa arma, y en vuestras manos estará muy bien empleada.

— Pero ese es un regalo de mucho precio, objetó el teniente con delicadeza.

— Tiene el cañon ya viejo, dijo Fink: deseo absolutamente que mañana la acepteis, porque hoy ya no os separais de mí. Pasaremos la noche en casa de Feroni. En cuanto á la misteriosa cesion de esos bienes, es menester que sepais que no es un acto enteramente espontáneo de mi libre albedrío. Encierra esto un misterio político que no puedo comunicaros, aunque no sea mas que por la sencilla razon de que el negocio no está todavía bien claro á mis propios ojos.

— ¿La propiedad que acabais de ceder es muy considerable? preguntó M. Tönnchen.

— ¿La propiedad decis? dijo Fink levantando los ojos al cielo; es algo mas que una propiedad. Es una superficie de algunos miles de montañas, islas y bosques; sin duda una parte no pequeña de América. ¿Preguntais si el territorio de M. Wohlfart es muy grande? Primero, ¿qué entendeis por grande? y luego, ¿qué es lo que hay grande en este mundo? En América se mide de otra manera la propiedad territorial que en nuestro pequeño rincón de Alemania. Todo lo que puedo decir por lo que á mí toca es que por el pronto no podré adquirir fácilmente un territorio tan vasto.

— Pero ¿quién es ese Wohlfart? preguntó á su vez el teniente.

— Pronto tendreis el gusto de conocerle, contestó Fink. Es un jóven hidalgo de provincia, sobre quien pesa un destino muy particular; por el momento no sabe nada, ni debe llegar á su noticia. Pero ya basta de negocios. Para este invierno tengo algunos proyectos respecto á vosotros. Aunque no sois ya muy jóvenes, será necesario que concurreis á algunas lecciones de baile.

Al terminar estas palabras, entraron en el café de Feroni, el cual les recibió con muchas cortesías. A poco, mano á mano con una botella de Oporto, entabieron una profunda disertacion sobre el mérito de los espirituosos vinos de Portugal.

El salón de madama Baldereck era el centro de la mejor sociedad, compuesta de varias familias nobles, de algunos elevados funcionarios y jóvenes militares, siendo bastante difícil averiguar lo que habia valido á aquella señora semejante consideracion y una posicion tan elevada en el mundo.

No era ni muy rica, ni muy elegante, no tenia gran talento, ni era demasiado amiga de la murmuracion, pero reunia de todo un poco.

En la vida privada, siempre habia observado buenas costumbres, y tenido bastante amor propio para no imponerse á las gentes pretenciosas. Gracias á su constante moderacion se habia conquistado un lugar distinguido en la opinion pública.

Sus relaciones eran muy extensas, conocia las diversas ramas de los nobles provincianos, y estaba al corriente de todos los negocios y de todas las alianzas proyectadas. Ocupando siempre el primer lugar en la lista para las invitaciones á los festines y á las *soirées* de las casas mas distinguidas de la ciudad, no tenia, como viuda que era, mas que un tren de casa modesto, pero estaba realzado por el brillo del plumero de un cazador y de un bello carruaje que arrastraban dos caballos negros bien mantenidos.

Madama Baldereck, conformándose con los usos del mundo, juzgaba á las personas y los sucesos con perfecta exactitud segun las preocupaciones de la sociedad en medio de la cual vivia. Tambien se escuchaban con gran respeto las opiniones que emitia.

Por otra parte no dejaba de ser bastante bondadosa, y estas cualidades no eran tan bien apreciadas por la sociedad á la que consagraba todos sus cuidados, como

por el ángel que nos ha de llamar el día del tremendo juicio, el cual desde el cielo pesa todas las acciones del género humano.

Madama Baldereck tenia una hija jóven, cuya semejanza con su madre prometia ser muy grande. Vivía en un cuartó principal de una magnífica casa y hacia ya algunos años que el mundo elegante se daba cita en sus salones, donde algunos jóvenes aficionados de los que formaban su tertulia se dedicaban como mero pasatiempo á la representacion de algunas producciones dramáticas.

Esta interesante señora estaba precisamente conferenciado con su costurera, agitando entre las dos la grave cuestion de saber hasta qué punto sin faltar á la decencia podia llevar su hija los vestidos escotados para hacer resaltar su intachable busto, cuando anunciaron la visita de Fink, su favorito.

Dejó en seguida á su hija, á la costurera y los vestidos para trasladarse al salon ataviada con gran sencillez, como conviene á una persona sin pretensiones.

Después de algunas observaciones preliminares sobre los acontecimientos de la última *soirée* y sobre los ingleses de la condesa de Pontak, Fink dijo, haciendo gemir con sus golpes un *pincher* (1) bordado en un taburete por la señorita de la casa:

— Señora, he cumplido vuestro encargo, y por el pronto puedo ofrecer os la presentacion de tres nuevos tertulianos.

— Y ¿quién son esos señores? dijo madama Baldereck con ansiedad olvidando los sufrimientos del *pincher* y acercándose á su aliado.

— Primero, el teniente de Zernitz, dijo Fink.

— Esta es una buena adquisicion, exclamó alegremente la noble señora, porque el teniente era lo que se llama un oficial de talento; componia lindos versos para los albums de familia y en memoria de personas arrebatadas al afecto de sus amigos, era inteligente en el arreglo de pantomimas, y pasaba por el autor de una novela escrita para un *keepsake*. M. de Zernitz es muy amable en sociedad.

— Sí, dijo Fink, pero no puede soportar el vino de Oporto. El segundo es M. de Tönnchen.

— Pertenece á una antigua familia, observó la baronesa, añadiendo con timidez, pero es algo calavera.

— De ninguna manera, dijo Fink: toda la familia ha tenido siempre buenas costumbres. Es muy razonable, solo que algunas veces tiene la habilidad de poner á los demás en berlina.

— ¿Y el tercero? preguntó madama Baldereck.

— El tercero es un tal Wohlfart, dijo Fink.

— ¿Wohlfart? preguntó la dama sorprendida mirando á su interlocutor con inquietud. Yo no conozco ese nombre.

— Es muy posible, contestó Fink con frialdad; hay demasiada gente en el mundo con nombre ó sin él, para que se pueda conocer á todos. M. Wohlfart ha venido de provincias hace dos ó tres años, para ponerse un poco al corriente de los negocios mercantiles, y trabaja como yo en casa de M. Schroeter.

— Pero, querido señor Fink...

Este, sin hacer caso de la interrupcion, continuó, mirando al mismo tiempo los arabescos del techo del salon:

— M. Wohlfart es un jóven muy interesante y notable. Es la personificacion de la modestia y del candor. Muchacho honrado si los hay, ha venido de un rincón de la provincia de Ostran. Dicen que es hijo de un difunto empleado, pero hay respecto á su nacimiento un misterio que él mismo ignora.

— Pero, señor Fink... dijo nuevamente la señora interrumpiéndole.

Fink, ocupado siempre en examinar el techo, continuó:

— En este momento es ya propietario de un vasto territorio en América; la escritura de propiedad ha pasado por mis manos, pero él, sea dicho aquí entre nosotros, no tiene conocimiento de este hecho que debe todavía ignorar por algun tiempo. Creo que está en camino de llegar á ser algun día millonario. ¿Habeis conocido al difunto gran duque de un estado vecino?

Y diciendo esto indicó con la mano de una manera significativa el punto por donde habia entrado.

— No, dijo la noble dama confusa.

— Hay gentes que pretenden que entre él y Antonio se advierte una pasmosa semejanza. Pero todo lo que os digo tiene un carácter confidencial y en reserva; mi amigo no sabe nada de esas circunstancias que pueden ejercer gran influencia en su porvenir. Lo que hay de cierto, es, que el difunto emperador, cuando visitó por última vez esta provincia, se detuvo en Ostran y tuvo una larga é interesante conversacion con el cura.

Esta última circunstancia era enteramente exacta; porque Antonio se la habia contado á Fink hacia poco tiempo, como se puede referir cualquier recuerdo de la niñez.

Añadió que el cura de su pueblo habia sido capellan de regimiento en la última guerra y que el emperador le preguntó:

— ¿Habeis servido? y algun tiempo después: ¿En qué cuerpo?

Fink no habia juzgado conveniente referir este hecho insignificante en sí de una manera tan explicita, pero habiendo excitado vivamente con estas pífidas insinuaciones la curiosidad de madama Baldereck, esta se mostró dispuesta á recibir en su casa sin ningun obstáculo á M. Wohlfart.

(1) *Pincher*, especie de mono de América.

— Ahora, permitidme que os dirija una súplica, dijo Fink levantándose. Os ruego que me guardeis el secreto de todo cuanto os he referido respecto á mi amigo, encantadora hada. (Es menester advertir que esta hada pesaba cerca de doscientas libras.) He podido confiar á vuestra delicadeza lo que si tuviérais la debilidad de referirlo á cualquiera otra persona, me veria obligado á vituperar como una indiscrecion respecto á mí y á M. Wohlfart.

Y pronunció este nombre con un tono muy particular; así es que la pobre señora empezó casi á creer que aquel personaje misterioso, oculto bajo la forma de un dependiente de comercio, apareceria el mejor día como un principe de los Aleutes y de los Kuriles ó bien revestido de cualquiera otra suprema dignidad.

— Pero, ¿cómo presentaré ese caballero á mis conocidos? preguntó en el momento que Fink iba á despedirse.

— Como mi mejor amigo. Yo respondo de él en todos conceptos, y tengo la conviccion de que nuestro circulo se hará un gran servicio á sí mismo acogiendo con amabilidad á ese caballero.

En cuanto Fink se vió en la calle, murmuró de una manera poco respetuosa:

— Esta buena vieja ha caido en la trampa tomando mis cuentos por moneda corriente. Si hubiera presentado á ese pobre muchacho como el hijo de padres honrados le hubieran menospreciado. Ahora que se imaginan que algun potentado extranjero, ante el cual se creen honrados humillándose, se interesa por el pobre diablo, van á colmar de tantas atenciones á mi protegido que no cabrá en sí de contento. Jamás me hubiera figurado que aquella antigua tierra arenisca de las orillas de Long-Island, con su pajarera destrozada, pudiera en los dias de mi vida facilitarme medios para urdir una farsa semejante.

La simiente sembrada por Fink habia caido sobre un terreno bien dispuesto. Madama Baldereck, como mujer prudente, mientras se ocupaba de las lecciones de baile en interés de los demás, no perdía de vista los suyos propios.

Ante todo, era madre, y como tal, habia fijado sus miradas en una persona que no era otro que Fink. Su hija tenia quince años, y Fink se hallaba adornado de todas las cualidades que ella podia desear para el futuro esposo de su hija: bajo todos conceptos era un partido magnífico y ella estaba persuadida que él debía hacer su felicidad.

Sabia tambien por una larga experiencia que las lecciones particulares de baile eran una excelente ocasion para presentar señoritas muy jóvenes del modo mas agradable ante los ojos de hombres algo gastados, siendo la dificultad mayor que se presenta únicamente el decidir á esos señores á tomar parte en placeres tan inocentes.

La baronesa tenia gran miedo de que Fink recibiese con frialdad su proposicion. Así es que se vió en extremo sorprendida cuando le oyó declarar ardientemente que su mayor placer seria valsar todo el invierno en su casa, habiendo llegado á poner por condicion que la señorita Eugenia le colocara entre el número de sus preferidos, y por esto la alborzada madre se ocupaba con tanto cuidado en la confeccion de los vestidos de baile, cuando Fink fué á recomendarle á su protegido Antonio.

Tal vez hubiese tambien hecho el sacrificio que se le pedia, sin todas las misteriosas recomendaciones de Fink, y hubiera cargado sobre sí la gran responsabilidad de admitir á un dependiente de comercio en las academias de baile.

Sin embargo, las insinuaciones del gracioso personaje fueron muy bien acogidas por ella.

Era muy probable que no diera entero crédito al relato que le habia hecho, porque no se podia fiar mucho en él, pero su amor maternal la obligaba á aceptar tambien lo que habia de oscuro é incomprensible en el negocio.

Madama de Baldereck fué á visitar á las familias que formaban parte de la reunion, les anunció habia que encontrado nuevos aficionados á la danza y aprovechóla ocasion para hacer resaltar el mérito de M. Wohlfart, valiéndose de algunas lisongeras indicaciones.

Pero cuando las pocas noticias que podia dar respecto á él, fueron confirmadas por alusiones misteriosas hechas por personas respetables, se afirmó mas en la opinion de que el hecho, extraordinario en sí, podia ser muy bien verdadero.

Al cabo de algunos dias, se esparció un sordo rumor en toda la sociedad que iria á tomar parte en las academias; tratábase de un jóven dueño de una fortuna fabulosa, para el cual el emperador de Rusia habia comprado inmensas propiedades en América.

Algunos dias después, Fink condujo á su protegido á casa de madama Baldereck. Antonio se presentó vistiendo frac nuevo y guante blanco, como un corderillo inmolado á los poderes ocultos.

Estos diablos, no ocupándose mas que en destruir la tranquilidad de su corazon, le acechaban al paso cuando con no poca timidez puso el pié en el umbral de madama de Baldereck.

Al entrar por la puerta cochera le oprimieron el pecho; sentados encima del farol cuadrado que pendia de la bóveda del vestibulo, con los brazos tendidos, se habian asido á la baranda de la escalera, y por los grandes agujeros cimbrados de la misma le enseñaban la lengua con sardónica sonrisa.

Fink se apercibió con indignacion de que su víctima se ruborizaba de timidez y espanto, y le dijo:

— Hazme el favor de no ponerte colorado delante de las gentes.

Entregó su paletó al criado con aire protector y acompañó á su amigo á la presencia de la noble señora de la casa. Esta, como Fink había predicho, se mostró excesivamente agasajadora.

Por curiosidad y por un sentimiento de interés involuntario, miró al bello jóven, que con aire franco, aunque tímido, estaba delante de ella y parecía muy dispuesto á sufrir la influencia de la noble dama.

Antonio le dijo haciendo un profundo saludo:

— Señora, solo la seguridad que me ha dado mi amigo de que no me echariais en cara mi temeridad, ha podido animarme á presentaros mi afectuoso homenaje.

La señora se sonrió graciosamente, ó bien, según la maliciosa interpretación de Fink, le dirigió una fisonomía mirada y dijo:

— M. Fink me ha hecho confiar en que este invierno tendreis la bondad de honrar con vuestra presencia nuestras modestas reuniones de baile.

A esta formal invitación, Antonio no pudo menos de ponerse colorado y de mostrar su embarazo diciendo:

— Yo asistiría con gusto si no abrigara el temor de que se me pudiese considerar como un intruso en una sociedad tan distinguida.

Ya se supone que madama de Baldereck rechazó enérgicamente semejante idea. Habiendo entrado la señorita Eugenia, Antonio fué igualmente presentado á aquella jovencita de quince años, que se contentó con hacer una fría reverencia.

Al cabo de un cuarto de hora, Antonio, admirado de la amabilidad de la familia, bajaba la escalera con su mentor. En su sencillez, se apoyó radiante de contento en el brazo de su amigo, y le aseguró con toda seriedad que nunca se hubiera figurado que fuese tan fácil frecuentar la elegante sociedad.

Fink murmuró una contestación que lo mismo podía tomarse por una afirmación que por una negación, y luego añadió:

— En el fondo estoy satisfecho de tí. A despecho de tu magnífico traje, estabas allí sentado en tu silla como un angelito metido en su camisa de batista. Mira, ese aire seráfico no te sienta mal, solo que es necesario que este invierno pierdas esa maldita costumbre de ponerte colorado. Llevando una corbata negra en rigor se puede disimular, pero con corbata blanca, da miedo verte. Cuando estás así, pareces un cupido apoplético.

Sin embargo, mirado bajo cierto punto de vista, la modestia del misterioso jóven pareció á madama de Baldereck verdaderamente tierna, y habiendo afirmado su hija que Fink reunía circunstancias que le hacían preferible á sus ojos, que le gustaba mucho más, movió la cabeza y dijo sonriendo:

— No lo entiendes bastante, hija mía; hay una gracia y una nobleza natural en todos los movimientos del extranjero, un encanto que interesa.

Al fin llegó el día de la inauguración de las academias de baile. En



Su Excelencia M. Pinard, ministro del Interior.

— A ver, enséñame tu pañuelo de bolsillo. ¡Cómo, un pañuelo de seda de color! ¿No tienes vergüenza? Toma uno de los míos. ¿Dónde están los guantes?

Prosiguiendo en su manía de ilustrarle, Fink condujo á su amigo á casa de la baronesa cuyos salones estaban brillantemente iluminados.

(Se continuará.)

### M. Ernesto Pinard,

MINISTRO DEL INTERIOR EN FRANCIA.

El nuevo ministro del Interior, Pedro Ernesto Pinard, nació en Autun (Saona y Loira) el 10 de octubre de 1822. Su padre, que comenzaba á hacerse una reputación en la magistratura, murió en 1830, siendo muy jóven todavía. Su viuda, una señora de claro entendimiento, se ocupó pues sola de la educación y dirección de sus tres hijos, de los cuales M. Ernesto Pinard era el primogénito.

M. E. Pinard debe á esta animosa y entendida madre la rectitud y claridad de su inteligencia, y sobre todo los principios de educación y de moral que afirman el juicio y contienen las vacilaciones de la inteligencia.

Comenzó sus estudios en Autun y los terminó en el colegio Estanislao en París.

Después de haber estudiado leyes en esta capital, el 2 de mayo de 1849 fué nombrado sustituto en Tonerre, y el 12 de diciembre de 1851 pasó en igual calidad al tribunal de Troyes, y luego al de Reims el 30 de diciembre 1852.

El 30 de octubre de 1853 fué llamado á París como sustituto del tribunal del Sena, y entonces algunos procesos célebres le dieron ocasión de poner de relieve su talento particular de elucidación y sus notables cualidades de orador.

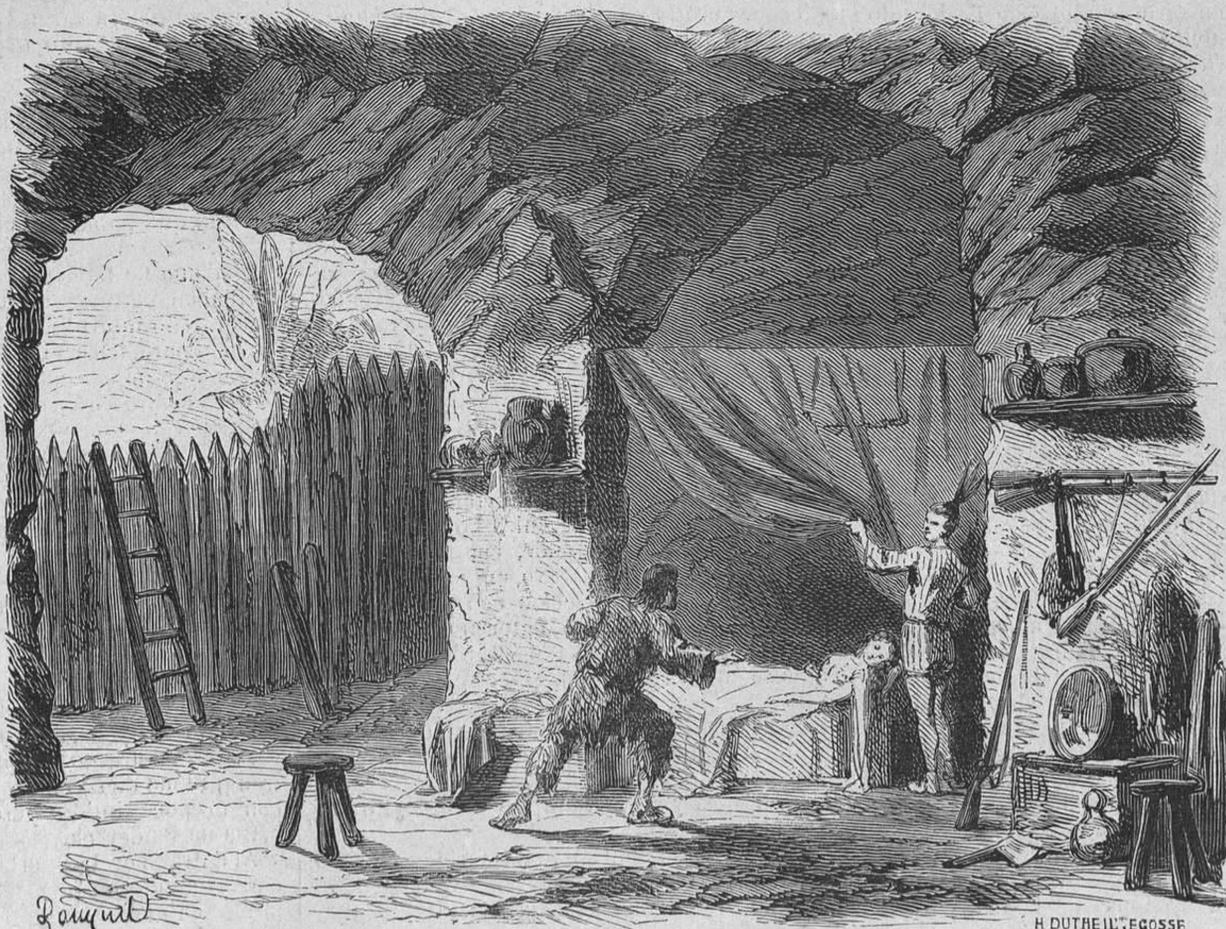
Desde aquella época se fijó la atención general en el jóven magistrado. En abril de 1859 fué nombrado sustituto del tribunal Imperial, y luego el 3 de octubre de 1861, atravesando de un salto el grado de abogado general, y de primer abogado general pasó de procurador general á Douai.

El 5 de mayo de 1866 volvió á París, habiendo sido nombrado consejero de Estado algún tiempo después de la muerte de M. Thullier. Ya entonces se conoció que en altas regiones se fundaban grandes esperanzas en M. Pinard.

M. Pinard es pequeño de estatura, vivo y de modales aristocráticos: su perfil es fino y se acusa con firmeza. El nuevo ministro es aficionado á los literatos y á los artistas, aunque su carácter tiene por señal distintiva la austeridad.

Su palabra es sonora y clara; cada palabra llega al oído muy distintamente. Sabe expresar su pensamiento con palabras fáciles, literarias sin pretensión, y exentas á un tiempo de aridez y de énfasis.

Uno de los que le conocen desde la infancia nos decía últimamente al saber su entrada en el poder: «Pinard posee todo lo que denota el hombre superior, no le falta más que tener enemigos.» A. D.



Teatro Imperial de la Opera Cómica.—Robinson Crusoe, acto III, escena 1ª.—(Véase la Revista de Paris del N.º 778.)